LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XVI. Madrid 24 de Diciembre de 1872. NÚM. XLVIII.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por don Peregrin Garcia Cadena.—Nuestros grabados, por don Eusebio Martinez de Velasco.—Don Jesús de Monasterio (conclusion), por don J. Esperanza y Solá.—Lo positivo y lo ideal (conclusion), por don Ramon de Navarrete.—La vision de Zacarias (idilio casero), por don Manuel del Palacio.—La leyenda de Noche-Buena, por don Ventura Ruiz Aguilera.—Restos del castillo de Astorga, demolidos en Agosto de 1872, por don Ramon Alvarez de la Braña.—Suelto.—Solucion al problema de ajedrez núm. 30.—Advertencias.

GRABADOS.—Bellas Artes: *Safo*, estátua de don Elias Martin; por los señores Perea y Capuz.—Retratos de los jefes carlistas don Juan Castells y don Francisco Savalls; de fotografía, grabado del señor Paris.—Alcoy: Hundimiento en la calle de San Roque: aspecto de las ruinas; eróquis remitido, grabado del señor Capuz.—Madrid: Reunion en el Centro Hispano-ultramarino, en la tarde del 14; por los señores Pellicer y Rico.—Motin en la noche del 11: una turba de sublevados invade el Museo Arqueológico; por los señores Pellicer y Carretero.—Alegoría del invierno; por los señores Riudavets y Rico.—Madrid: la Plaza Mayor en los dias de Navidad; por los señores Pradilla y Rico.—Japon: Llegada del primer tren de ferro-carril á Yokohama; eróquis de un artista indígena.—Buenos-Aires: Colonia inglesa en Bahia-Blanca; por X.—Zoología: Serpiente de mar vista cerca de Galveston; por X.

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

La dimision de Mr. de Bismarck.—Reorganizacion del gabinete prusiano.—Política interior.—La resolucion de la última crisis.—La cuestion de las reformas de Puerto-Rico.—La opinion pública en España.—El espiritismo en el teatro.—*El manicomio modelo*.—Venganza alabardera.—Los niños campanólogos.—Dos palabras sobre la *institucion* de la *claque*.—Salutacion pascual á nuestros lectores.

Los asuntos domésticos reclaman hoy tan preferentemente nuestra atencion, que apenas la fijaremos en la crónica extranjera lo puramente preciso para reseñar un acontecimiento notable.

El telégrafo nos ha anunciado que el deseo de Mr. de Bismarck de abandonar la presidencia del Consejo de ministros de Prusia, ha recibido definitivamente la aquiescencia del emperador. Se habia creido que la retirada de Mr de Bismarck de los Consejos del imperio, produciria un cambio muy trascendental en la marcha de la política europea, y así hubiera sido en efecto si la dimision del canciller del imperio envolviese una completa abstraccion de los negocios. No será así, sin embargo, á juzgar por las noticias que el telégrafo ha comunicado estos dias á la prensa, y entre las cuales

BELLAS ARTES.—*Safo*, escultura de don Elías Martin.

se habla de una combinacion muy probable para la reorganizacion del ministerio prusiano, y que consiste en el restablecimiento de la cancillería de Prusia, cuyo titular seria naturalmente Mr. de Bismarck, en quien de este modo recaeria la direccion del Gabinete. A ser esto así, el nuevo presidente del Consejo deberia merecer la confianza del canciller, y prestar á la política de éste una completa adhesion; con lo cual, y en la hipótesis más que probable de que aquel cargo recaiga en Mr. de Bismarck, éste continuará ejerciendo en la política general una influencia positiva, cualesquiera que sean los motivos que le hayan inducido á presentar su dimision y que real ó aparentemente atribuye al estado de su salud.

***

La disidencia surgida en el seno del Gabinete con motivo de la reforma de Ultramar, ha producido ántes de lo que se creia, una modificacion ministerial. Los señores Gasset y Ruiz Gomez, siguiendo en esto el movimiento de la opinion pública, tan vigorosa y unánimemente significada en contra de las innovaciones que considera como un peligro para la conservacion de nuestras Antillas, han cedido el puesto á los señores Mosquera y Becerra, sin esperar á que las Córtes suspendiesen sus tareas despues de la aprobacion de los presupuestos. El general Córdova, que como los ministros dimisionarios de Ultramar y Hacienda, cree que la abolicion inmediata de la esclavitud en Puerto-Rico, motivo especial de la crisis, es una reforma ocasionada á gravísimas consecuencias, parece que no saldrá del Gabinete, en tanto que no se discutan los proyectos pendientes que afectan al ministerio de la Guerra, y se resuelva la cuestion de órden público. Pero como la cuestion de órden público al paso que lleva, ofrece muy pocas probabilidades de resolverse en breve plazo, es de temer que el general Córdova no vea satisfechos en mucho tiempo sus deseos de imitar la conducta de sus compañeros.

Así, pues, el criterio radical en materia de política ultramarina, no tiene ya opositores en el seno del Gobierno, y las reformas se llevarán á Puerto-Rico, por más que algunos de los que en este país se molestan todavía en investigar la razon de las cosas, no acierten á explicarse por qué razon la política del señor Ruiz Zorrilla, en la que no son desconocidos los ejemplos de ductilidad, se opone en esta cuestion con tan resuelto empuje á las corrientes de la opinion que señalan como un gran peligro para la integridad nacional las innovaciones proyectadas.

El hecho es que nunca en España el instinto de salvacion ha encontrado un grito más elocuente para señalar un escollo, ni nunca tampoco este grito ha sido con más deliberado propósito desoido por los hombres que tienen ménos derecho á desdeñar las inspiraciones de la conciencia pública. Pero esto no nos maravilla; ocurre en España desde la revolucion de Setiembre, un fenómeno tan singular como lamentable, y cuya explicacion debe buscarse en el espíritu absorbente y egoista de nuestros partidos políticos: cuando la opinion no dá señales de vida y les deja el campo libre para manosearla á su placer, todo se hace á nombre de la opinion; ella es el númen inspirador de todos los extravíos: cuando por rara excepcion ese númen se levanta para expresar su voluntad, entónces ya es cuestion de pourela á tutela por párvula y por insensata.

La mano de la reforma caerá, por consiguiente, sobre Puerto-Rico á pesar del clamor general, y caerá probablemente tan pesada y tan trastornadora como ha caido sobre la desventurada Península, entregada en estos momentos, despues de cuatro años de ensayos imprudentes, á la más profunda perturbacion.

Entre tanto los fondos han sufrido en estos últimos dias una baja considerable, debida á las muchas órdenes de venta que se han recibido de provincias, y á las cuales han contribuido muy principalmente los repetidos anuncios de una próxima insurreccion en las provincias del Norte.

Estos anuncios no se han confirmado hasta la fecha en que escribimos estas líneas; y quisiéramos abrigar una confianza completa en que la cuestion de órden público no se agravará con esa nueva intentona; aunque á decir verdad, no es fácil ennegrecer mucho más de lo que lo están las perspectivas que tenemos á la vista, ni aumentar en mucha dósis los motivos de inquietud y de malestar que en el órden moral y en el material nos rodean por todas partes.

Pero apartemos la vista de los horizontes cada vez más negros de nuestra desatentada política, y forjémonos la ilusion de que nuestro espíritu, turbado por los tristes agüeros de un pavoroso porvenir, es susceptible de olvidar los peligros y las desventuras que nos rodean para distraerse con el espectáculo de más frívolos y risueños intereses.

***

La asonada de la noche del 11, atribuida como de costumbre al partido más inmediato á las dulzuras del poder, ha robado en estos últimos dias la animacion á los teatros. La *mano oculta* que hace cuatro años amenaza unas veces y descarga con frecuencia sus golpes terribles sobre todo aquello que en nuestro país no vive de la política, ni medra en la confusion, ni tiene razon de ser en la anarquía, ha dejado esta vez como siempre bastante malparadas á las empresas teatrales. Éstas, sin embargo, pueden darse por muy satisfechas si la pasajera tormenta del dia 11 es la única consecuencia inmediata de los negros y multiformes nubarrones que encapotan nuestro horizonte, y si todos los percances del invierno se reducen á la crisis transitoria que por algunos momentos ha puesto en tela de juicio los ingresos de Navidad.

Por lo demás, los coliseos que cuentan con la clientela de nuestros primeros autores dramáticos y de nuestra más escogida sociedad, no han ofrecido en los inquietos dias que acabamos de atravesar obras de mérito tan superior como las que inauguraron el año cómico. Ya indicamos en la Revista anterior que en el teatro Español, uno de nuestros escritores más aplaudidos, con un criterio que ciertamente no está en las circunstancias normales de su claro talento y de su instinto dramático, ha pretendido hacer entrar al auditorio en un órden de ideas que se aparta del comun sentir de las gentes, interesándole sériamente en los misterios del espiritismo. Solo ante un auditorio de creyentes podia encontrar simpática acogida esta especialísima fuente de emociones dramáticas, y *El wals de Venzano*, obra excepcional por su naturaleza, no ha encontrado un público excepcional para juzgarla.

Sentimos que el autor de tantas y tan bellas creaciones, el que ha sabido cautivar tantas veces la atencion del espectador agitando en el drama sentimientos é intereses de toda humanidad, haya abandonado por un momento el camino llano y seguro para enfrascarse en tan ignotas y enmarañadas veredas. Por fortuna, el ingenio fecundo del poeta cuyo nombre callamos no es de los que tardan en buscar el desquite de una batalla perdida, y pronto hallará ocasion de recoger los lauros que esta vez le han negado sus admiradores.

***

Una comedia nueva del autor de *El sol de invierno*, ha dado ocasion en el teatro del Circo á una escena muy lamentable. La *claque*, ese elemento ciego que interviene en el espectáculo teatral con la mision, á la verdad muy poco civilizadora, de encontrar digno de aplauso todo aquello que no puede sostenerse por el sufragio desapasionado del público, habia sido condenado al ostracismo por el señor Catalina, empresario y director artístico del teatro del Circo. La medida, por muchos conceptos digna de aplauso, lo era muy particularmente por el acatamiento que con ella se rendia en absoluto, y muy singularmente en un país y en unos tiempos tan superlativamente celosos de sus libertades como los que alcanzamos, al soberano criterio del público.

Pero la *claque* no tuvo por conveniente acatar con su optimismo de ordenanza este designio de la empresa, y se propuso descargar sus iras sobre la primera produccion dramática que sin su intervencion se atreviese á aspirar á los honores de la escena. La nube descargó durante la representacion de una comedia del señor Márco, titulada: *El manicomio modelo*, que á decir verdad no merecia incurrir en el estrepitoso desagrado de los alabarderos, como en otro caso no hubiera merecido tampoco su inconsciente y automática aprobacion. Este acto de despecho encontró un correctivo oportuno que no pudo administrarse sin turbar por algunos momentos los serenos dominios de las musas, y que terminó con la expulsion de los aduladores de oficio.

Las empresas teatrales debieran imitar la conducta del señor Catalina. La *claque* es un elemento perdido en un país como el nuestro, donde el arte grosero de suplantar el sentido comun no encuentra todavía grandes hábitos de tolerancia, y donde no hay, como en las grandes metrópolis del movimiento, un flujo y reflujo bastante considerable de *badauds*, con que fomentar la concurrencia á los espectáculos, y que merezca la pena de contratar un entusiasmo ficticio para que sirva de foco perenne de atraccion.

En cuanto á la comedia *El manicomio modelo*, objeto de la referida agresion, es de aquellas obras en que la sencillez degenera en trivialidad, y en que la sal cómica chisporrotea mansamente en la superficie sin sazonar el fondo ni el conjunto. El señor Márco ha exagerado esta vez cualidades y tendencias muy apreciables de su probado ingenio, y que consisten en un gran amor á la naturalidad, y en un propósito no ménos vehemente de esconder el arte. Del abuso de estas condiciones esenciales se resiente su última obra, á la cual, sin embargo, el público ha dispensado benévola acogida.

Dos palabras ántes de concluir nuestra breve reseña teatral: cuatro niños, de los cuales el mayor no cuenta más de diez años, y de quienes puede decirse que reciben en el seno del arte las primeras impresiones de la vida, han merecido un justo tributo de admiracion en el coliseo de que venimos hablando. Nos referimos á los niños campanólogos. El señor Catalina merece hoy por segunda vez nuestros plácemes por haber dado á conocer al público de Madrid á estos precoces artistas musicales, cuyo talento verdaderamente excepcional, consiste en dar la unidad, la precision y el sentimiento exquisito de un instrumento único y *sui generis*, á diez y seis campanillas, pulsadas alternativamente por los cuatro niños, y con las cuales ejecutan con extraordinaria precision y delicadeza, y sin que se pierda un solo accidente de la armonía, las piezas de música más brillantes y complicadas.

***

Estamos en Pascuas, y un deber de cortesía nos obliga á saludar á nuestros habituales lectores. En tiempos normales nos limitaríamos á desearles, *more antico*, toda especie de prosperidades, seguros de que esta fórmula indefinida responderia completamente á nuestro propósito.

En los azarosos dias que alcanzamos no podemos, no debemos encerrar el deseo en estas abstracciones del optimismo.

Debemos aspirar por eliminacion á la dicha de nuestros lectores, y expresar, aunque el método sea poco risueño, de qué inminentes miserias queremos que les preserve la Divina Providencia, amén de aquellas que constituyen el fondo comun y perpétuo de la doliente humanidad.

Así, pues, anhelamos de todas veras:

Que Dios libre á nuestros lectores de todo aquel que se proponga labrar su felicidad más allá de lo que permiten las circunstancias del tiempo y del espacio; porque ese, á imitacion de muchas sociedades de crédito que, como nubes de langosta, pasaron dias atrás por el país, le ofrece colocar su dicha á un tanto por ciento fabuloso, para llevarle al precipicio.

Que no se vean en la aflictiva necesidad de trasladarse de un punto á otro, como no sea dentro del espacio comprendido entre la mesa en que comen el pan de los hombres libres, y el lecho en que les sonríen los beatíficos ensueños del porvenir.

Que si por desventura se ven obligados á recorrer las risueñas comarcas españolas, realicen la dicha tres veces milagrosa de sortear las guerrillas carlistas y federales, y evitar un encuentro con los bandidos.

Que el númen espléndido de la libertad no ponga á prueba su desinterés obligándoles á pagar un impuesto al Estado y otro á cada cuatro españoles que se levanten en armas para realizar un ideal político.

Que los acentos de la pastoril zampoña resuenen pacíficamente en sus oidos, sin que venga á turbarlos el estrépito del motin callejero.

Que lo pasado y lo presente no sea tortas y pan pintado en comparacion del porvenir.

Y por último, amados lectores; que no veais durante las Pascuas otros belenes que aquellos que simbolizan el glorioso natalicio.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

NUESTROS GRABADOS.

«SAFO,» ESCULTURA DE DON ELÍAS MARTIN.

Es la Academia de Nobles Artes de San Fernando el augusto recinto donde se congregan los artistas más eminentes de España, que han merecido el honor de sentarse en los sillones de aquella sociedad ilustre.

Pocos dias hace ha sido elegido académico el distinguido escultor don Elías Martin, y nosotros nos apresuramos á ofrecer á nuestros lectores la bella copia, en la página primera de este número, de una de las mejores creaciones artísticas del nuevo académico.

Representa á Safo, la sentimental poetisa de Mitilene, la décima musa, como la llamaron sus compatriotas, en el acto de pensar en el suicidio;—y es de un metro de altura.

La historia de Safo ha sido divulgada por los antiguos poetas de Grecia é Italia, y en estos últimos tiempos más todavía por ese bello *spartito* del malogrado maestro Paccini, de grave, majestuosa, y á veces melancólica música.

Safo, entregada á los placeres desde la muerte de su esposo, concibió una pasion violenta por el gallardo Faon, jóven de Lesbos; pero al verse despreciada, se dió la muerte, lanzándose al mar desde la cumbre de Léucades, isla de la Acarnania (hoy Santa Maura), sitio consagrado para fin tan triste por los amantes desgraciados, á consecuencia de una tradicion mitológica.

La estátua ejecutada por el señor Martin es una obra bellísima que ha merecido entusiastas elogios de las personas inteligentes.

LOS JEFES CARLISTAS SEÑORES CASTELL Y SAVALLS.

A la vieja raza de los guerrilleros españoles, pertenecen los jefes carlistas don Juan Castell y don Francisco Savalls (retratados, de fotografía, en la página 756), que recorren las provincias de Barcelona y Gerona, desde mediados de año, al frente de numerosas partidas.

Esa raza no se extingue en España.

Si peligra la independencia de la patria, aparecen los Viriatos y Pelayos; la libertad ha tenido sus héroes, sus guerrilleros y sus mártires, como el *Empecinado*, Espoz y Mina, Riego y Zurbano; la idea monárquica, la idea de una monarquía tradicional y cristiana, tambien animaba, en dias no lejanos, al cura Merino, á Cabrera, á Zumalacárregui, y en nuestra época anima á los Savalls y Castells, y á muchos más.

Ya hemos hablado en el núm. XXIII de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, de don Juan Castell, jefe superior de las partidas carlistas de la provincia de Barcelona, antiguo soldado de la primera guerra civil, cargado de años y lleno su cuerpo de honrosas cicatrices.

Desde entónces, ha sostenido innumerables acciones de guerra con las tropas que incesantemente le persiguen, en Vallcebre, en Balaguer, en San Lorenzo de Morunys, y en otros puntos, y no hace muchos dias, el 9 del actual, sorprendió la importante y populosa ciudad de Manresa, llevándose luégo hasta veinticuatro personas de las principales de la poblacion, en calidad de rehenes, entre ellas el alcalde popular, el secretario del Ayuntamiento, y el coronel del regimiento de Calatrava señor Rokiski.

Savalls es el leal soldado de la causa legitimista en España y en Italia.

Su padre defendió ya con denuedo la misma causa, y perdió por ella la vida, en la accion de San Quirce de Besora, en 1835.

El jóven Francisco, mozo áun imberbe, militó bajo la bandera carlista en el mismo batallon que aquel mandaba, y permaneció en Cataluña hasta Julio de 1840, á las órdenes de los generales Rojo, Conde de España y Segarra, tomando parte en las acciones de Gironella, Olvera, Peracamps, Llobera y otras muchas.

Iniciada en 1847 la segunda guerra civil, volvió al Principado catalan á las órdenes del brigadier carlista don Marcelino Gonfaus (*Marsal*), y luégo sirvió á las inmediatas del general Cabrera, acreditando su valor en aquella admirable campaña de siete meses, durante la cual algunos cientos de hombres (no llegarian á 1.000 entre todos) tenian constantemente en jaque un ejército de 35.000 soldados, y sostenian acciones como las del Ter y las célebres *solsonadas*, siendo capitanes generales de Cataluña, sucesivamente, los señores Pavía, Fernandez de Córdova y Concha (don Manuel).

Soldado de la legitimidad en todas partes, ofreció despues su espada al duque de Módena, y agregado al ejército austriaco asistió á la célebre batalla de Solferino, que no hubieran ganado los piamonteses sin el oportuno auxilio de una bizarra division francesa.

Disuelto el ejército del duque, Savalls entró á formar parte, en clase de capitan y por recomendacion del emperador de Austria, del pequeño ejército que se organizó para la custodia del Sumo Pontífice, asistiendo á los memorables combates de Castelfidardo y Mentana, á las órdenes del valiente y malogrado general Lamoriciere.

Savalls ha entrado nuevamente en España, enarbolando la bandera de don Cárlos de Borbon, y recorre la provincia de Gerona á la cabeza de una fuerte partida: segun dice un biógrafo, ha jurado vencer ó morir.

Apenas tiene 57 años, y nació en Pera, pequeña villa de la misma provincia.

HUNDIMIENTO OCURRIDO EN ALCOY.

Nadie ignora que el miércoles, 4 del actual, se desplomaron dos casas de la calle de San Roque, en Alcoy, quedando sepultados algunos infelices entre los escombros.

Véase cómo refiere este triste suceso una carta que hemos recibido:

«Serian sobre las cuatro de la tarde, cuando un repentino estruendo vino á anunciar la sensible catástrofe. Sin pérdida de momento, el juez suplente, el fiscal y el escribano de semana, se presentaron en el lugar de la ocurrencia, dictando las medidas que consideraron más prudentes. El maestro de obras y muchos obreros que allí acudieron, empezaron á remover y sacar los escombros, así como tambien á apuntalar las casas inmediatas que amenazaban ruina, y las cuales, por indicacion del juez, fueron desalojadas por los que las habitaban. A estos esfuerzos se debió la salvacion de una mujer que, con una criatura suya, quedaron completamente ilesas.

Hasta las nueve de la noche, con el auxilio de hachas de viento, se estuvo trabajando, hora en que habiendo manifestado el maestro de obras el gran peligro que se corria de nuevo hundimiento, y vista la imposibilidad de salvar ninguna otra víctima, se hizo retirar á dichos operarios, despues de sacar además tres cadáveres: el de una niña de tres años, el de un jóven de unos treinta, y el de una anciana de sesenta y cuatro.

Al amanecer del dia siguiente se continuó la extraccion de las hacinadas ruinas, encontrándose el cadáver de otro jóven, tambien de unos treinta años, á quien la muerte sorprendió en el telar donde se hallaba trabajando.

Cuatro cadáveres más fueron extraidos en el siguiente dia.»

El mismo miércoles llegó á Alcoy el señor gobernador de la provincia de Alicante, don Eladio Lezama, y dictó las disposiciones oportunas para remediar, en lo posible, los dolorosos efectos de la catástrofe.

Mayor habria sido el número de las víctimas, si el hundimiento hubiese ocurrido durante la noche, puesto que las casas desplomadas, que constaban de nueve habitaciones, eran el albergue de treinta y seis habitantes.

Nuestro dibujo de la pág. 756, hecho sobre un cróquis, del natural, que se nos ha remitido, señala el aspecto que ofrecian las ruinas en la tarde del 5, cuando áun se ocupaban los obreros de remover escombros para extraer los cadáveres de las víctimas.

REUNION EN EL CENTRO HISPANO-ULTRAMARINO DE MADRID.

No es periódico de partido LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA: varias veces lo hemos dicho, y áun en otro suelto de este número lo repetimos nuevamente.

¿Quién no ama la honra de la patria? ¿Quién no se subleva, si hierve en sus venas sangre española, ante la idea de que pudiera correr peligro la integridad de esa patria querida?

Pero desde el momento en que la gravísima cuestion de las reformas en nuestras ricas Antillas, sin dejar de ser una cuestion de honor nacional, es además una cuestion de partido, nuestro deber se limita á permanecer neutrales en medio de la contienda política, y á hacer votos fervientes por la honra, por la integridad y por la ventura de España.

Mas es ciertamente un acontecimiento extraordinario ese movimiento antireformista que se ha desarrollado, en pocos dias y en todos los puntos de la Península, contra las reformas en Ultramar, y debemos dar cuenta en nuestras páginas, para cumplir fielmente nuestra mision de veraces é imparciales cronistas, de la numerosa reunion que celebraron en el Centro Hispano-ultramarino de esta corte, en la tarde del 14, las personas más importantes de todos los partidos políticos, á excepcion del radical y del republicano federal, para protestar contra las citadas reformas.

A este objeto responde el primero de los grabados de la pág. 757, que representa la reunion mencionada, y que no necesita, por otra parte, explicaciones más detalladas.

MADRID.—MOTIN EN LA NOCHE DEL 11: LOS SUBLEVADOS INVADEN EL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL.

Triste cosa es que en esta pobre España, digna de mejor suerte, ocurran con tanta frecuencia sucesos deplorables.

No es bastante que en varias provincias arda la guerra civil y que en algunas capitales se empeñen sangrientos combates, porque era preciso además, y á todo trance, que la capital de la monarquía no viviese tranquila mucho tiempo, siquiera para hacer comprender al vecindario que debe llevar tambien su parte de cruz en este inmenso calvario social que estamos padeciendo.

Unos cuantos hombres, dirigidos no se sabe por quiénes, se amotinan en la noche del 11, y resuena al punto el siniestro estruendo de las descargas de fusilería, y la sangre corre, y el pueblo se inquieta, se alarma, se sobresalta.

Resultado seguro: nuevas y lamentables desgracias.

¡Como si no fuesen aún bastantes las que estamos sufriendo, por nuestra desdicha, desde hace algunos años!

No pretendemos indagar el orígen del motin, ni culpar á ningun partido político, ni siquiera indicar la sospecha de que aquellos sucesos pudieran haber sido un ensayo terrible, un simulacro espantoso, preparado por ese elemento perturbador y demagógico que está encarnado, digámoslo así, en la mísera sociedad moderna.

No es esta nuestra mision en la prensa.

Pero la verdad es que resultaron desgracias, repetimos, y alarmas, y sobresaltos; que este estado violento no es, por cierto, muy á propósito para la felicidad de la patria, y que la felicidad, bien entendida, es el fin principal á que deben aspirar los individuos y los pueblos, los hombres y las naciones.

Dejémonos, por Dios y por la patria, de asonadas y revueltas, que nada bueno producen y sí males sin cuento, y contribuyamos todos, cada uno segun sus fuerzas, á inaugurar esa era de ventura que tantas veces nos hemos prometido, y cuyo risueño horizonte ni siquiera se dibuja en lontananza.

Por lo demás, nuestro segundo dibujo de la pág. 757 representa el acto, contado minuciosamente por la prensa política, de invadir una turba de revoltosos los salones del Museo Arqueológico Nacional en busca de armas para combate.

Afortunadamente, ellos no causaron destrozo en los ricos objetos que allí se custodian; pues aunque se notó la falta de una rica espada granadina, ésta fué recuperada en el dia siguiente al del motin por un señor alcalde de barrio.

EL INVIERNO.

¡El invierno! La estacion más triste del año, símbolo de la decrepitud, casi representacion de la muerte.

Y sin embargo, por uno de esos raros contrastes que se observan tan á menudo en la vida humana, el invierno es, para las grandes capitales, la época de la alegría, del placer, del lujo.

Si el sol se oculta detrás de un cielo nebuloso, si el cierzo helado entumece los miembros, si la nieve corona las crestas de las montañas vecinas; en cambio la luz resplandece en los salones, la animacion reina en los coliseos, una atmósfera tibia y perfumada flota en el estrecho ámbito del *boudoir* elegante.

Don Juan Castells, [Don Francisco Savalls,

jefes carlistas en Cataluña.]

ALCOY.—Hundimiento en la calle de San Roque: aspecto de las ruinas.

MADRID.—Reunion en el Centro Hispano-ultramarino, en la tarde del 14.

MADRID.—Motin en la noche del 11: una turba de sublevados invaden el Museo Arqueológico.

Y la vida corre sin cesar, porque luégo, bien pronto, vendrá la primavera, con sus auroras diáfanas, sus brisas dulces, sus pintadas y olorosas flores...

La alegoría del invierno que aparece en la pág. 760, es una crónica exacta, composicion del señor Riudavets, de esa triste estacion del año.

LA PLAZA MAYOR DE MADRID, EN LOS DIAS DE NAVIDAD.

Allí es, como todos saben, donde se hacen los primeros *preparativos* para la celebracion de las Pascuas, porque allí encuentra lo que necesita el gastrónomo más exigente, si lleva la bolsa bien repleta, por supuesto, y va decidido á gastar lindamente su dinero.

Puestos de frutas delicadas y sabrosos dulces, aunque algunos tengan la respetable antigüedad del dia de San Isidro, por lo ménos; grandes manadas de pavos y capones, desdichadas víctimas en estos dias memorables; pescados de varias clases, etc.: todo se encontrará por su precio, y algo más si es posible, en esos extraños pero característicos *cajones*, que llenan casi por completo la superficie de la fea é histórica plaza.

Y en verdad, que no es buen madrileño — así lo ha dicho un distinguido escritor de costumbres populares — el que deje de visitarla durante esta época especial de la grandeza comercial-culinario-gastronómica de la corte.

No es para pintado, como suele decirse, el aspecto que ofrece la plaza Mayor de Madrid en los dias de Navidad; pero estamos seguros de que agradará á nuestros suscritores el airoso dibujo que presentamos en la pág. 761.

JAPON. — INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL DE YEDDO Á YOKOHAMA.

En varios números anteriores hemos hablado de los progresos que realiza el imperio del Japon, cuyo gobierno procura introducir en aquel remoto país la civilizacion europea.

Cinco grandes buques de guerra, comprados por el mikado, llegaron en Abril último á la rada de Yokohama: tres corbetas inglesas, armadas con cuatro piezas de grueso calibre; otra corbeta construida tambien en la Gran Bretaña, y armada con seis cañones de cobre y dos de bronce; un monitor acorazado, cuya armadura tiene cuatro piés de espesor, y que pertenecia á la marina americana; y el magnífico buque *Stonewall Jackson* (Jackson, muro de piedra), que monta una colisa de 300 libras, y dos enormes cañones rayados, sistema Armstrong.

En la bahía de Yohaka, golfo de Yeddo, se ha preparado un magnífico arsenal, en cuya construccion han sido invertidos más de 400,000 *dollars*, y al lado de éste se está concluyendo otro más pequeño, para buques de ménos porte.

Oficiales del ejército francés han llegado á Yokohama, é instruyen las tropas del mikado, y oficiales de la marina de guerra de Inglaterra y de los Estados-Unidos, se ocupan igualmente de instruir á los marinos japoneses.

Hay proyectados algunos ferro-carriles y líneas telegráficas, estando ya casi concluido el de Yeddo á Yokohama, y muy adelantadas las obras de fábrica para el de Yokohama á Nangasaki, y no hace muchos dias que se ha tendido un cable telegráfico en los estrechos de Simonosaki, completándose así la línea de Yokohama á Europa, hasta el punto de recibirse en Lóndres y París los despachos á las cinco horas de haber sido expedidos de Yeddo y Yokohama.

Una seccion del primer ferro-carril, desde Yokohama á Shinagawa, ha sido inaugurada hace poco tiempo, y entregada á la explotacion, y se espera que toda la línea estará terminada para mediados del próximo mes de Enero.

El grabado que aparece en la pág. 764, cróquis remitido por un indígena, natural de Yokohama, y que ofrece á primera vista muchos puntos de semejanza con esos curiosos dibujos que observamos en códices de remotos siglos, representa la llegada á Yokohama del primer tren, el dia en que se inauguró la seccion mencionada.

Al acto asistió el primer ministro del mikado, Saujo, y una concurrencia inmensa, en todas las estaciones de la línea, que veia con asombro cómo la locomotora cruzaba por las vastas llanuras que se extienden entre las dos citadas capitales.

El periódico *The Japon Weekly Mail*, que se publica en Yokohama, redactado en inglés y en japonés, y que es el órgano del gran partido reformista de aquel país, saludó con estas cultas frases el primer silbido de la locomotora japonesa:

«¡Bien venida seas, mensajera de la civilizacion!— Al atravesar los campos y los bosques vírgenes de esta antigua tierra, no encontrarás monumentos grandiosos, ni piedras miliarias que marquen las etapas más señaladas del humano progreso; pero sí encontrarás un viejo pueblo que quiere rejuvenecerse y vivir la vida de las naciones civilizadas.»

Al observar ese movimiento precipitado que allí existe, hácia la civilizacion europea, ¿quién ha de decir que el Japon es el mismo país que tenia cerradas sus fronteras, hasta hace pocos meses, para las gentes de todos los demás países del mundo?

UNA COLONIA INGLESA EN BUENOS-AIRES.

Bahía-Blanca es un distrito de Buenos-Aires que se extiende por la costa Sud de la América, entre los 38° 40′ de latitud Sud, y la capital es el único puerto que se encuentra en una distancia de 600 millas.

Fué fundado en 1828 por el coronel don Martin Rodriguez, á la sazon gobernador de Buenos-Aires.

El clima es sano; la temperatura benigna, parecida á la de Lisboa y Nápoles; la vejetacion lozana y vigorosa, y allí se han establecido, desde hace algunos años, varios colonos ingleses, que explotan aquel país por todos los medios industriales que ofrece ahora la civilizacion moderna y los adelantos de la época.

La hermosa lámina de la pág. 765 copia fielmente los más vistosos panoramas de Bahía-Blanca: el primer grabado retrata las altas montañas de Sierra-Ventana, coronadas casi siempre por espesa niebla: los dos grabados inmediatos son exactas copias de las casas y factorías que posee en aquel distrito la casa de Messrs. Milred y compañía, una de las primeras que en él se establecieron; los otros dos inferiores presentan tipos de los indígenas del país, y el último grabado ofrece una vista de las dilatadas llanuras llamadas *Pampas*, donde pastan los numerosos rebaños de los colonos y naturales.

SERPIENTE DE MAR VISTA CERCA DE GALVESTON.

Mucho han disputado los zoólogos, hasta hace pocos años, acerca de la existencia de este mónstruo marino, afirmando unos que no podia negarse lo que estaba confirmado por el testimonio de varios navegantes, y rechazando otros este testimonio, como otorgado por hombres más ó ménos alucinados, pero que no presentaban ninguna prueba sólida para admitir sin duda alguna que existian las serpientes de mar.

Últimamente, la discusion era muy viva entre varias sociedades científicas de Lóndres, á consecuencia de haber asegurado el capitan de un buque mercante de Liverpool que habia visto en el Océano Pacífico uno de aquellos mónstruos marinos; y cuando tal discusion prometia aún curiosos incidentes, un periódico de aquel mismo punto publicó la carta que á continuacion extractamos, reproducida luégo por *The Times*, *The Graphic*, y otros populares diarios y revistas semanales de Lóndres:

«Relacion del capitan A. Hassel, de la barca *Saint-Olaf*, en viaje desde Newport á Galveston, Tejas.— Dos dias ántes de mi llegada á Galveston, el 13 de Noviembre del presente año, á las cuatro y treinta minutos de la tarde, latitud 26° 52′, longitud 91° 20′, brisa suave y mar tranquila, descubrí á corta distancia de mi buque un banco de tiburones (*a shoal of sharks*) que nadaban apresuradamente mar adentro.

Dos minutos despues, uno de los marinos llamó mi atencion hácia una gran mancha roja que aparecia á lo léjos, y cuando yo estaba observando este fenómeno inesperado, ví que se acercaba á mi buque una enorme serpiente, ya flotando sobre la superficie, ya escondiéndose á flor de agua y saltando luégo inmensamente.

Hallábase á unos 200 piés de mi barco, y pude mirarla con detencion porque se aproximó bastante más, y mandé arrojar harpones para darla caza: inútilmente sin embargo, porque desapareció en seguida entre las aguas.

Tendria 70 piés de largo por seis de diámetro, y todo su cuerpo era del mismo grueso, á excepcion del cuello y de la cola; su piel tenia un color amarillo-verdoso, con grandes manchas blancas y negras.

Uno de los tripulantes dibujó el cróquis que remito adjunto (véase el grabado de la pág. 768).—*A. Hassel*, contramaestre de la barca noruega *Saint-Olaf*.»

No sabemos si los zoólogos se darán por satisfechos con estas explicaciones.

E. MARTINEZ DE VELASCO.

DON JESÚS DE MONASTERIO.

(CONCLUSION.)

Dos años no más habian pasado, y Montoya recibia de Bruselas una carta que le colmaba de alegría. El entusiasta amigo de Monasterio, el hoy reputado compositor y director de aquel Conservatorio, F. A. Gevaert, le anunciaba que, á pesar de las prevenciones del jurado, «no por el mérito, sino por la poca edad del jóven Jesús,» éste habia obtenido, en union de su condiscípulo Böhmer y despues de reñida lucha con sus competidores, el *premio de honor* en el violin; triunfo retardado un año por su maestro, temeroso de que, envanecido con él, no estudiase y llegase, como merecia, «á la más elevada altura en el arte.» Dos años, repetimos, habian tan solo transcurrido desde que al amparo de Gevaert y del hijo del inspirado tenor Manuel García, que habian oido y conocido al jóven Jesús en París, se presentaba Montoya con su pupilo en casa de Beriot, y éste le recibia como discípulo, no sin que en la visita diese á conocer ya su carácter el artista cuyos apuntes biográficos hacemos. Monasterio acababa de tocar unas variaciones de Artot y otras de Beriot, que al efecto llevaba preparadas, y su futuro maestro conversaba con Montoya sobre la educacion musical de nuestro hombre. Este no sabia el resultado de la prueba, ni lo que conversaban, ignorante aún por completo del idioma francés: la conversacion se alargaba y el muchacho iba amostazándose poco á poco, en la errónea creencia de que Beriot se excusaba, y habian por tanto, perdido el viaje. A los pocos minutos ya no pudo más, y dirigiéndose con aire vivo y resuelto á su tutor,—*¿me admite en su clase ó no?* le dijo: *si no me admite, ya estandos demás aquí;* rasgo que pinta su carácter vivo y resuelto ya entónces, y que, ciertamente, no ha desmentido despues. Montoya le tranquilizó, y pocos dias despues asistia á la clase del ilustre violinista, estudiaba la armonía con Lemens y el contrapunto con el sabio Fetis, y particularmente recibia lecciones de su amigo Gevaert, aprovechando los momentos que estos estudios le permitian, para perfeccionar su educacion literaria en la pension de Paul Brown, donde vivia, y en la que era mirado como un hijo *le petit espagnol*, como llamaban los bruselenses al jóven Jesús.

Abandonólos poco tiempo despues de su triunfo, ansioso de ver á su madre, y á su llegada á Madrid recibia el nombramiento de violin honorario de la Real Capilla, y le llegaban, de Roma el título de miembro, tambien honorario, de aquella academia pontificia, y de Lóndres, poco despues, la invitacion de Julien para tomar parte en los conciertos que anualmente daba en Inglaterra y Escocia. Aceptada ésta por Monasterio, su peregrinacion fué una série no interrumpida de triunfos, bien que alguno de ellos diera y no poco susto á nuestro compatriota. Era en el teatro de Edimburgo: nuestro artista acababa de ejecutar una fantasía de su composicion sobre aires nacionales españoles (que más tarde le valió la cruz de Cárlos III) (1) y una salva espontánea de aplausos sucedia á los últimos acordes de la orquesta. Retirábase satisfecho nuestro hombre, cuando á los aplausos sucédese la más desencadenada tormenta de silbidos y bramidos: una silba mayúscula que dejaba muy atrás á la que pinta Moratin sufriera el hambriento poetastro D. Eleuterio Crispin de Andorra con su *Gran cerco de Viena*. Calcule el lector el asombro de Monasterio, y el agrado con que cada vez que la tormenta arreciaba, recibia nuevos plácemes y abrazos de su *impresario*, y apremiantes excitaciones para que saliera ante el público. Tal vez, con tanta razon como sin razon aquel desdichado vate, diria para sus adentros: «Picarones, cuándo habrán oido cosa mejor;» tal vez la sangre española estaria haciendo su oficio, cuando á empujones materialmente, y con la cara que es de suponer, salió á la escena. A los silbidos sucediéronse los aplausos, y á la tumultuosa gritería los *hurras* más entusiastas. Despues supo que los buenos de los edimburgueses, cuando llegan al colmo de su entusiasmo, no aplauden: silban y braman.

Monasterio, á la vuelta de este viaje (1857), entraba definitivamente en la orquesta de la Capilla Real y recibia el nombramiento de profesor de violin en el Conservatorio, con gran contentamiento de todos los amantes del arte. Cuáles hayan sido los resultados de su escuela, dígalo todo el que haya oido ejecutar á los instrumentos de cuerda de la *Sociedad de Conciertos* (cuyo personal en su mayor parte está compuesto de discípulos é imitadores suyos), la *canzonetta* de Mendelsshon, el andante del cuarteto en *la* de Haydn, y el *septeto* de Beethoven, entre otras piezas que pudiéramos citar. Monasterio trasmite de una manera admirable á sus discípulos, la elegancia, la pureza de ejecucion y la dulzura del sonido, una de sus más características cualidades como violinista.

El cuidado de su querida madre y el cumplimiento de sus deberes, retuvieron al jóven Jesús entre nos-

(1) En el año pasado fué nombrado comendador de número de Isabel la Católica; son las dos condecoraciones que tiene.

otros, hasta que las reiteradas instancias de sus amigos del extranjero, y la fama que en éste habia adquirido, le obligaron á marchar en el otoño de 1861. Corrió hasta la primavera del siguiente año, su segunda patria Bélgica, Holanda y gran parte de los Estados de Alemania, siendo su viaje una serie no interrumpida de triunfos. No era el niño que encantaba por su tierna edad y por la precocidad de su talento; Monasterio pertenecia ya á esa clase de hombres aparte de los demás, á esa «legion escogida que ocupa un rango ilustre en el grande ejército de los espíritus,» como la llama un profundo pensador de nuestros dias: era un verdadero artista. De escuela pura y severa, de grandioso estilo, sensibilidad exquisita y afinacion perfecta, venciendo sin afectacion ni pedantería las mayores dificultades, Monasterio se apoderaba ya entónces de sus oyentes y «cambiaba el estado de su alma,» como á Baillot le decia en la Malmaison el cónsul Bonaparte.

Durante esta excursion, y aprovechando Monasterio los dias que le faltaban para tomar parte en los notables conciertos del *Gewandhauss* de Leipsick, marchó á Berlin deseoso de conocer al gran Meyerbeer. Quiso éste oirle, y nuestro amigo tocó, acompañándole al piano el célebre maestro, su *Concierto de violin*, por el que recibió de aquél merecidos elogios, y su *Adios á la Alhambra*, preciosa joya de su composicion. Tanto gustó é impresionó ésta al autor del Roberto (1), que le obligó á repetirla, y le instó retardase su viaje á fin de que la tocase en un concierto que iba á darse en el palacio real, brindándose él mismo á dirigir la orquesta. Un luto de corte suspendió el concierto el dia mismo que iba á verificarse, y Monasterio se vió, con pena, privado de la satisfaccion de ver dirigida su obra por el inmortal berlinés.

Terminábase á poco de suceder esto la licencia que el Gobierno le habia concedido, y era forzoso volver á España. Dispuso su viaje y no quiso regresar á la madre patria sin dar el adios á su antiguo y querido amigo de Bruselas, Lassen, á la sazon en Weimar, de director de los conciertos de aquella corte, que ya por entónces empezaba á ser el cenáculo musical donde más tarde habian de reunirse alrededor de Listz, Wagner, Schumann, Raff y Joachim, con su correspondiente séquito de escritores propagandistas de la música del porvenir, que, plegue á Dios, no sea tan intrincado y oscuro como la susodicha solfa. Llegó Monasterio á Weimar, abrazó á su amigo Lassen, y con pena supo que éste tenia pronto que abandonarle. El gran duque daba aquella noche un concierto á los diplomáticos extranjeros, despues de regalar sus estómagos con un banquete digno de Lúculo ó de Savarin. Dió á los diablos nuestro amigo al concierto, á la corte y al mismo soberano, hasta que á Lassen se le ocurrió hacerle tomar parte en él: áun cuando con el contratiempo no estaba Monasterio para músicas, aceptó la oferta, y poco despues los dos camaradas se encaminaban juntos al palacio. Bueno es decir, que en el camino, el jóven director del concierto ducal advirtió á su amigo, que el Gran Duque, protector y gran apasionado de la música, artista de corazon, hombre de claro talento y de instruccion no comun, era, en cambio, tan exageradamente sério y estirado, que nada tendria de particular que su entusiasmo quedase encerrado dentro de la gravedad que la etiqueta le imponia, y ni siquiera le dirigiese la palabra. Monasterio agradeció la advertencia, y poco despues se encontraba en el salon donde debia tener lugar el concierto, al tiempo que entraba y tomaba asiento la corte precedida por sus soberanos. Llegó el turno á Monasterio y tocó su *Adios á la Alhambra*, con esa delicadeza, esa afinacion exquisita y ese colorido que tanto le distinguen, y no bien hubo acabado llamáronle aquellos. Colmóle de atenciones la Gran Duquesa, mientras su augusto esposo, dejando atrás la pintura que de él habia hecho Lassen, estaba con una gravedad tan imperturbable como su silencio: ni la más leve alteracion en su fisonomía, ni la menor palabra en su boca. Suplíale en cambio, un señor tan entrometido como descortés, curioso como él solo, que interrumpiendo á cada momento la conversacion entre la gran dama y el jóven artista, le asediaba á preguntas, á las que éste contestaba con un laconismo tanto mayor cuanto más importuno é inconveniente le iba pareciendo aquel personaje.

La segunda parte del concierto empezó, y puso fin á esta escena. Monasterio volvió á tocar y á recibir, terminada la fiesta, nuevos y entusiastas plácemes de la Gran Duquesa, y nuevas preguntas de aquel impertinente curioso. Retiróse por fin la corte, y aquí de las calorosas felicitaciones de Lassen, más admirado aún que del talento de su amigo de la infancia, de la entusiasta acogida que le habian hecho los soberanos.—«*En cuanto á la Gran Duquesa, modelo es de finura y amabilidad*—le dijo Monasterio,—*pero de su augusto esposo, bien hiciste en advertírmelo; deja atrás al inglés más grave y más dominado por el spleen: no le he merecido ni una sola palabra.*»—«*¿Cómo eso*, le contestó su amigo,—*si en mi vida le he visto más placentero y jovial?*» «*¿Te parece que ha hablado poco?*»—Para abreviar; aquel señor entrometido con quien Monasterio, si no habia estado descortés, no se habia pasado de fino, era ni más ni ménos que el Gran Duque, y el estirado personaje con quien lo habia confundido, un grave y sesudo diplomático á quien el severo cumplimiento de las leyes de la etiqueta habian tenido inflexible la espina dorsal, y su boca como cerrada con candado. Aquí, tambien, de la estupefaccion de Monasterio, y el renegar de Lassen, que, distraido con los preparativos del concierto, habiase olvidado de designar de antemano á su amigo cuál era el Gran Duque, dejando á aquel, más que un poco distraido á su vez, que lo adivinase por la pintura que de él le habian hecho. Por fortuna, á la mañana siguiente, nuestro hombre fué llamado á palacio, y dejamos al lector que calcule cuánto no haria para borrar su malhadada equivocacion de la noche anterior. Tocó de nuevo, no sin dar no pequeño susto á los honrados habitantes de Weimar, que á todo atribuian la órden del soberano, mandando se hiciese la parada silenciosamente, ménos que á que el jóven español estaba al propio tiempo haciendo maravillas con su violin. Al final de aquel improvisado concierto, Monasterio era invitado para ocupar el puesto que anteriormente habian tenido Laub y Joachim, de primer violin de cámara y director de los conciertos de la corte, en union de su amigo y de Listz, ausente á la sazon en Roma. Monasterio pidió un plazo para decidirse: ni podia desde luego rehusar una oferta tan espontánea como generosa, ni por otra parte, el cariño á su madre y el amor á su patria le daban lugar á dudar cuál habia de ser su resolucion. Las ofertas le siguieron á Madrid, cada vez con mayores ventajas (1), y estimulándole con condecoraciones, que, por lo visto, no son moneda tan corriente en aquel pais como en otros, hasta que, apremiado una y otra vez, declinó tan honrosa proposicion, como más tarde lo hizo (1862) á la plaza de su maestro Beriot en el Conservatorio de Bruselas, que éste abandonó por el mal estado de su salud, y que le fué ofrecida indirectamente por el sabio Fetis. Como Mozart, cuando requerido por el rey de Prusia para ir á su corte, contestaba: «¿Cómo abandono á mi emperador?» Monasterio decia: «¿Cómo abandono á mi patria?;» y eso que ni aquel al inmortal autor del *Don Juan*, ni ésta á nuestro amigo, ofrecian un porvenir tan halagüeño.

Desde entónces, Monasterio no se ha separado de nosotros: su amor al arte y su veneracion á los clásicos, á cuyo estudio ha consagrado largas vigilias, han hecho nos deleitemos oyendo las más preciadas obras de estos en las sesiones de la *Sociedad de Cuartetos*. Aquel mismo saloncillo de que hablábamos al principio, tan escaso de público entónces, apenas basta hoy á contener el que va á admirar las producciones de los grandes maestros alemanes, y el artista que de una manera inimitable las dá á conocer, «no tan solo cual ellos las habian soñado, sino enriquecidas, completadas, y como transfiguradas por esta segunda creacion,» como de Baillot decian sus contemporáneos.

Con su *Stradivarius* en la mano (precioso regalo de don Juan Gualberto Gonzalez), arrastra tras sí á su auditorio, y ora infunde en su espíritu el dulce y tranquilo reposo de la música de Haydn, ora le llena de melancolía y le arranca lágrimas en el quinteto de Mozart, ora oprime su corazon y le agita y le conmueve en un pasaje dramático de Beethoven; y es que, como Monasterio dice gráficamente: «*toca la música de Haydn con placer; la de Beethoven con entusiasmo; la de Mozart con pena en el corazon*, y *la de Mendelsshon con pasion.*» De nuestro artista puede decirse, sin temor de pecar por exagerados, lo que de la Celeste Coltellini cuando cantaba la *Molinara* de Paisiello, cuenta Ferrari en su Anedocte piacevole: «*era un giogello... faceva piangere... et toglieva quasi il respiro a chi l'ascoltava e vedeva.*» Porque Monasterio, poseedor en alto grado del violin que tiene en sus manos, hace de él un amigo, un dócil intérprete de los sentimientos que agitan su alma; canta más que toca, y al mismo tiempo, en su semblante va imprimiendo las sensaciones que experimenta, y ya es una placentera sonrisa que anuncia un pasaje gracioso y delicado, ya frunciendo el ceño y desembarazándose de su poblada cabellera con una vigorosa sacudida de cabeza, anuncia de antemano á sus oyentes lo dramático del pasaje que van á escuchar. No há mucho tiempo, Monasterio ejecutaba el gran *quinteto* en *sol* en que Mozart derramó toda la amargura de su corazon al saber la muerte de su madre: nuestro amigo, hijo cariñoso hasta el extremo, hacia pocos dias que acababa de sufrir el rudo golpe de perder, tras angustiosa y terrible enfermedad, á la virtuosísima señora que le dió el sér, y al prorumpir en aquellos gritos de dolor del corto *andante* que precede al *allegro*, Monasterio no pudo contenerse y sus ojos se arrasaron de lágrimas. ¡Cuán cierto es que el verdadero arte no es más que la manifestacion del alma!

Hasta aquí nada hemos dicho, de propósito, de otro ramo del divino arte en que Monasterio raya á gran altura: como director de orquesta. Sus primeros ensayos, á los que se resistió con el temor del hombre de valer, fueron en las primaveras de los años de 1864 y 1865, dirigiendo, con notable acierto, los conciertos clásicos que se dieron en el gran salon del Conservatorio, por la *Asociacion de socorros mútuos de artistas;* y desde Abril de 1869, se halla al frente de la *Sociedad de Conciertos*, fundada años atrás, y dirigida hasta el anterior, por el popular y erudito maestro Barbieri. Conocedor profundo nuestro artista de la orquesta, y tanto ó más de la partitura que tiene delante de sí, pone en relieve no solo todos los efectos que los autores han indicado en ella, sino que va más allá, si no los vé los adivina y hace resaltar detalles, que, á no ser por su exquisito cuidado, pasarian inadvertidos. El gran conocimiento que tiene del instrumental de cuerda, alma de toda orquesta, hace que dominados los que la componen por su batuta, que en sus manos se convierte en varilla mágica, obedezcan maravillosamente á la más ligera inflexion de ella, canten con el violin como su hábil director podia hacerlo, ejecuten portamentos y toquen con un uniforme movimiento de arcos, cosas las dos, que desconocíamos hasta ahora en nuestras orquestas. Y es, que, aparte del escogido personal que compone la de la *Sociedad de Conciertos*, cuando van á ensayar una obra, encuentran ya marcado en los papeles hasta el matiz más insignificante y el modo como lo han de ejecutar, resultando al oirlo que allí no toca más que una sola persona: Jesús Monasterio.—Este dominio sobre su orquesta, hacia decir, no há mucho, á uno de nuestros más elocuentes oradores, que el poder más respetado que conocia en España era el de Monasterio sobre su orquesta.

Si como Buffon ha dicho, el estilo está en nosotros, es la expresion de nuestros sentimientos, *es el hombre mismo*, las obras de Monasterio revelan lo que él es. Las dimensiones de estos apuntes biográficos, ya demasiado largos, no permiten las enumeremos todas: basta para nuestro propósito que citemos, su *Scherzo fantástico*, para orquesta; su *Cantata á la guerra de África*, á voces y orquesta; su *Regreso á la patria*, coro á voces solas, escrito primitivamente para la Sociedad de la *Grande Harmonía de Bruselas*, y el primero en que aquí oimos los coros á *bocca chiusa;* su *Concierto en sí menor* para violin y orquesta, que Fetis hizo ejecutar en los conciertos clásicos del Conservatorio de Bruselas, varios *motetes* á voces solas, y su cantiga morisca «*Adios á la Alhambra.*» Todas ellas revelan el carácter melancólico de nuestro amigo; no de esa estéril melancolía, hija del egoismo ó del pesar del bien ajeno, sino de la sublime melancolía, característica é inherente, casi siempre, al génio: en todas se ve marcado su espíritu profunda y sinceramente religioso que, como á Haydn y á Mozart, le hace escribir al frente de ellas estas sublimes palabras: *In nomine Domini*, y terminarlas con este grito de glorificacion, si cabe, más sublime: *Laus Deo;* todas ellas, en fin, revelan un alma pura, un corazon sano, una inteligencia elevada. «Contento con merecer las ajenas alabanzas, no se fatiga por obtenerlas;» modesto, no hipócrita, incapaz de envidia como de presuncion, sabe que la verdadera modestia es *la verdad*, como admirablemente la definia Santa Teresa, y ni se cree merecedor de todos los elogios que se le prodigan, ni desprecia su valer, y es que, como todos los hombres de su altura, sabe y siente que lo más bello y divino que hay en el hombre, nunca sale de él; que entre lo que se siente y lo que se expresa, media un abismo imposible de salvar. Cariñoso con su familia (1), sincero y firme en su amistad, recto en su proceder, es, por último, el amparo de no pocos infelices á quienes socorre en sus necesidades, y consuela en sus aflicciones. Tal es el hombre: ya hemos visto ántes lo que era el artista.

Ahora, que el lector nos perdone si hemos abusado de su paciencia; pero creemos que á nadie que se interese por los adelantos del arte musical en España, puedan ser indiferentes los apuntes biográficos de un ar-

(1) *C'est ravissante! c'est ravissante!* exclamaba á cada momento.

(1) Estas mismas ofertas le han sido reiteradas recientemente y de una manera muy lisonjera para Monasterio.

(1) Monasterio se halla unido en matrimonio con una señora de relevantes prendas, y de noble familia de la provincia de Santander, doña Casilda de Rávago. Una preciosa hija, y un niño reciennacido, fruto de esta union, completan hoy aquel verdadero modelo de hogar doméstico.

INVIERNO

MADRID.—La Plaza Mayor en los dias de Navidad.

tista que tanto ha contribuido á ellos. Tal vez parezcan exagerados los elogios que le tributamos: tal vez se los considere, no lo creemos, hijos más bien de la fraternal amistad que con él nos une, que de un juicio recto y desapasionado: nos sincerariamos: pero no lo hacemos, recordando que Quintana dice que, «esta especie de excusas no sirven para los hombres de razon, porque no las necesitan: ni tampoco para los preocupados, porque no les convencen.»

J. M. Esperanza y Sola.

LO POSITIVO Y LO IDEAL.

(CONCLUSION.)

1.° de Julio.

Han tornado los dias de brevísimas horas; las noches de gratos ensueños; ha tornado la época venturosa de nuestra mútua pasion; pero Clara me profesa mayor, mucho mayor cariño que ántes:—creo que me ama todavía más que yo á ella.—Durante el dia se coloca en su ventana, y allí, á pesar del calor, permanece inmóvil mientras yo pinto en mi estudio. De cuando en cuando,—muy á menudo en verdad,—cambiamos una tierna mirada, ó nos dirigimos rápidas y fugitivas frases. A Clara no le importa que todos sepan nuestro amor: al contrario, parece como que tiene orgullo en darlo á entender, en divulgarlo.

He concluido su retrato, el cual es—modestia aparte—una obra maestra de semejanza y de idealismo á la par: cuantas personas lo han visto, no han podido ménos de lanzar una exclamacion de sorpresa. A todos les parece admirable: algunos me han dicho en confianza que la he poetizado.

No: la he pintado tal y como la veo:—es posible que mis ojos la contemplen bajo un prisma que la embellezca; es posible que el ardiente cariño que la profeso exagere á mi vista sus encantos y sus atractivos...

Ella misma se ha quejado dulcemente de mi pincel.

—¡Me has hecho mejor de lo que soy!—me dijo.

—¡Eso no es posible!—la contesté con una mirada inefable, en la que pudo ver hasta el fondo de mi corazon.

Terminada esta obra, no habia causa—ni pretexto siquiera—para no empezar el retrato del duque de Valle-Claro.—Ayer fuí á su casa, préviamente anunciado, y me instalé en un torreon donde tiene establecido su estudio.

El duque es un verdadero artista, que no solo posee grande aficion á las bellas artes, sino que las cultiva con éxito. Me enseñó dos ó tres copias admirablemente ejecutadas por él, conduciéndome luégo á recorrer su galería de cuadros, donde abundan las joyas de inestimable valor.

Todos los géneros, todas las escuelas, todos los países, tienen en ella digna representacion: la pintura antigua y la moderna ostentan allí obras notabilísimas: la Italia, la España, la Francia, figuran por medio de Rafael, de Murillo, de Lebrun, del Poussino: vénse tambien lienzos de Hobbema, de Van-Dyck, de Van-Ostade, y hasta uno de Van-Eyck, el inventor de la pintura al óleo.

Es aquello, pues, un precioso museo en miniatura, en el que nada se echa de ménos; en el que hay hasta una estátua de Miguel Angel, y varios bajo-relieves de Thorwaldsen, de mérito superior.

Figúrate, pues, mi placer y mi entusiasmo, que se revelaban en gritos mal articulados; en exclamaciones de asombro y de admiracion.

Despues de haber contemplado largo tiempo tantas maravillas, volvimos al torreon y me dispuse á comenzar mi obra.

El duque lo habia preparado todo con especial solicitud, y así no tuve sino sentarme y coger los pinceles.

Hasta entónces no habia examinado la expresion de la fisonomía de aquel personaje.

Es un hombre de cincuenta años, que ha debido ser muy hermoso en la juventud, y conserva todavía puras y correctas las líneas de su semblante. El cútis, de extraordinaria blancura, seria digno de una mujer por su finura y trasparencia; no tiene casi cabellos, y los pocos que cubren sus sienes y la parte posterior de la cabeza comienzan á encanecer; pero en los ojos, en la mirada, en la viveza de los gestos, se revela un temperamento ardiente y juvenil.

El duque, á pesar de su edad, es un elegante: viste con extraordinario esmero y siempre á la última moda; es flexible y gracioso en sus movimientos, y posee la habilidad de colocarse al mismo nivel social ó intelectual de su interlocutor, sea el que fuere.

Conmigo es artista; cuando habla con la marquesa de Roca-blanca busca asuntos apropiados á sus gustos y á su inteligencia; cuando dirige la palabra á Clara, usa el tono y el lenguaje de la juventud.

Trabajé de prisa y con gusto, porque aquella mañana Clara me habia hablado de nuestra próxima union; además, porque acababa de encontrar en el exámen de los sublimes modelos de otros siglos, la inspiracion, el fuego sagrado que sentia.

Mientras pintaba, el duque me entretenia con su conversacion amena, chistosa y variada. Es mi Mecenas—pues eso quiere ser para mí en lo sucesivo—el tipo del lord inglés, bien educado, muy instruido y altamente caballeresco; su proteccion no tiene nada de ofensiva, porque reviste las formas más corteses, más seductoras, más galantes.

—Ya que no poseamos vuestro talento—me decia dirigiéndose á los artistas en general—tengamos siquiera el mérito de reconocerlo y de acatarlo; ya que Dios no nos haya concedido la facultad de producir obras maestras, honremos y enaltezcamos á los hombres ilustres que las crean; en fin, demostremos con el uso que hagamos de nuestras riquezas, que no somos enteramente indignos de los favores de esa diosa caprichosa y ciega, llamada la fortuna.

Despues me habló de la marquesa y de su hija, haciéndome infinitas observaciones acerca de su situacion, de su carácter, de su manera de vivir.

Parecióme que la primera con su orgullo, con su altivez, con su tiesura, no le inspiraba simpatías muy vivas: en cambio le parecia admirable Clara por su resignacion, por su dulzura, por su modestia.

Despues me dirigió una pregunta que me hizo estremecer.

—¿No tiene amante esa pobre muchacha? dijo en tono indiferente.

Hice un esfuerzo sobrehumano para contener mi emocion, y le respondí con bien fingida frialdad:

—No lo creo.

—Es extraño, repuso, siendo, no bella, sino algo que vale más:—tan graciosa y tan interesante.

Y al cabo de una breve pausa, añadió:

—Pero de seguro se volverá á casar, encontrando un partido brillante que la haga olvidar sus anteriores desgracias.

Me sentia tan agitado, me temblaba de tal manera el pulso, que hube de suspender mi tarea y me puse en pié.

El duque vino á examinar mi obra, y demostró hallarse muy satisfecho de ella.

—Hasta mañana—me dijo, estrechando mi mano entre las suyas con efusion.

—Y á propósito—añadió cuando ya me alejaba—¿quiere usted hacerme el honor de acompañarme á comer mañana?—Vienen algunos amigos, y tendré sumo gusto en presentarle á ellos.

El convite me cogió tan de sorpresa, que no lo pude rehusar: así hoy tendré que ponerme el frac y la corbata blanca para asistir á su banquete, en compañía de no sé cuántos grandes de España, á quienes no conozco.—¡Qué fastidio! ¡Cuánto me voy á aburrir!

18 de Julio.

Mi intimidad con el duque va tan de prisa como la de éste con la marquesa de Roca-blanca.—Me ha invitado para todos los miércoles, dias en que reune á su mesa una sociedad numerosa y distinguida, compuesta de altos personajes, artistas y literatos. La verdad es que reina en tales comidas una franqueza y un buen tono muy agradables; se habla en ellas de todo, y de muchas cosas más: de política, de poesía, de artes y de chismografía.

Algunas tardes, Valle-Claro nos lleva á paseo á mis vecinas y á mí, no al Prado ni á la Fuente Castellana, sino á sitios retirados, ó á su quinta, inmediata á Fuencarral.

Estas expediciones son deliciosas: el duque dá el brazo á la marquesa, y yo charlo cuanto quiero con Clara. En un cenador del jardin, cubierto de jazmines y de madreselvas, nos hace servir un refresco opíparo, en el que nada falta: ni exquisitos helados, ni sabroso chocolate, ni excelentes bizcochos; y á las diez ó las once regresamos á Madrid, en carretela abierta, y bajo el espléndido manto de la noche tachonado de fulgurantes estrellas.

¡Qué sueños tan deliciosos se forja entónces mi volcánica imaginacion! ¡Qué quimeras y que fantasmas la pueblan y la sonrien!—¿Y es posible otra cosa? ¿No tengo á mi lado á Clara? ¿No siento en la mia la presion de su mano? ¿No leo en sus ojos que piensa en lo mismo que yo,—en nuestro amor, en nuestra union?

Ayer, al apearnos del carruaje, puso sus labios junto á mi oido, y murmuró en él con una voz digna de resonar en el coro de los celestes querubines:

—¡Te amo, y te amaré mientras viva!

15 de Agosto.

Estoy triste, profundamente triste y abatido. Clara se marcha mañana á Arechavaleta con su madre, y no me es posible acompañarlas, porque la mia se halla enferma. Hace una semana que no abandona el lecho, y no quiero dejarla en semejante estado.

Pero afortunadamente su indisposicion no parece grave, y cuando desaparezca correré yo tambien á las provincias del Norte. ¡Ojalá encuentre á mi Clara en el mismo sitio donde la conocí: donde la vi por primera vez!

Son las doce de la noche, y vuelvo de su casa, donde la vista de los mundos llenos de ropa, de las mantas de viaje, y de todos esos objetos que revelan su próxima ausencia, me ha causado un efecto doloroso.

Allí estaba tambien el duque de Valle-Claro, que las acompañará hasta Arechavaleta y continuará á París, de camino para Alemania y Bélgica, donde va á acabar el verano.

De seguro no podria dormir esta noche aunque lo intentase, y voy á pasarla contemplando el balcon del cuarto de Clara, situado frente por frente del mio, si bien en piso diferente:—ella habita el segundo y yo el tercero.

Como el calor es excesivo, Clara tiene abiertas las vidrieras que dan al patio, cerrando solo las de su alcoba, colocadas frente por frente; á través de éstas, cubiertas con cortinillas de muselina blanca, veo su sombra, que se proyecta gigantesca unas veces, y otras parece excesivamente pequeña, segun que se aleja ó se aproxima... Ha desaparecido; sin duda se ha acostado, cual lo indica el haber sustituido á la viva luz de la lámpara la más ténue de la mariposa... Acaso duerme ya, feliz y sosegada; sin saber que aquí estoy yo, inquieto y agitado, velando su sueño.

Uno de los amigos del duque, muy complacido del retrato que de este he hecho, me ha encargado un cuadrito, designándome él mismo el asunto. Desea que represente la escena en que Otelo se introduce en el aposento de Desdemona, y la dá muerte.

Como no tengo ningun trabajo entre manos, voy á comenzarlo mañana mismo: para lo cual, y como preparacion, quiero repasar el final del magnífico drama de Shakspeare, que no puedo leer nunca sin sentirme penetrado de horror.

Desde aquí, junto al balcon, podré de vez en cuando dirigir alguna ojeada al lugar donde reposa la adorada de mi corazon, y mandarla un ósculo tierno y cariñoso. ¡Ojalá que ella lleve mi imágen en mitad de su tranquilo sueño!

. . . . . .

Si no fuese de noche, comenzaria en este instante el cuadro para el conde de Valmoral. La terrible, la dramática situacion del moro de Venecia me ha impresionado fuertemente. A pesar de la dulzura de mi carácter, soy capaz de gran vehemencia de sensaciones; comprendo que si Clara me diese motivo para tener celos, perderia de todo punto la razon, siendo capaz de los mayores crímenes.

Abrigar fé en el afecto de una mujer; creer en ella como en Dios, y verse de pronto vendido, abandonado, ¿no es motivo suficiente para trasformar en fiera al ser más pacífico é inofensivo?—De mí sé decir que si me persuadiese de la deslealtad, de la traicion de Clara, me sentiria con fuerzas para asesinarla.

. . . . . .

He acabado la lectura, y el sueño rebelde no viene: voy á apagar la luz; voy á sentarme en el balcon, y á pasar el resto de la noche en la estática contemplacion de la alcoba de Clara.—El reloj acaba de dar las dos: dentro de tres horas podré comenzar mi cuadro.

Alguien llama desde abajo, silbando suavemente... ¡Ah!... es José, el criado de la marquesa, que segun creo, es novio de la doncella de mi madre.—Me divertiré en escuchar su diálogo... ¡Pobres muchachos! ¡Qué ajenos estarán de suponer que los oigo yo!

Aquí daba fin el diario de Luis de Sandoval; y el que no ha hecho hasta aquí sino copiarlo fielmente, se verá ahora en la necesidad de ser cronista concienzudo y exacto de los demás sucesos de esta verdadera historia.

Continuaré, pues, la narracion en el punto mismo en que la dejó el artista.

Abrióse un balcon del piso segundo, precisamente el que estaba debajo del cuarto de Luis, y apareció en él el semblante alegre y juvenil del *groom* ó lacayo de la marquesa.

El pobre muchacho tosió, chicheó, llamó al principio inútilmente; pero al fin y al cabo las señas fueron atendidas, apareciendo la dama de sus pensamientos, moza de buen semblante aunque de vulgar figura.

—¿No me esperabas?—preguntó José.

—Si por cierto;—repuso Juana;—pero estaba aguardando á que se durmiese la señora.

—¿Sabes que mañana nos vamos?

—¿A Arechavaleta, eh?

—Eso dicen... pero yo he sabido que es más léjos... mucho más léjos.

—¿De veras? — Y ¿cómo lo has averiguado?

—Como los criados lo averiguamos todo: escuchando detrás de las puertas.

—Y, ¿á dónde vais?

—Del primer tiron á Paris; despues, Dios dirá.

—Entónces el viaje durará mucho tiempo.

—¿Quién sabe cuando nos volveremos á ver?

—¡Y lo dices con esa frescura!

—¿Qué quieres, si no lo puedo remediar?

Inútil es expresar la ansiedad febril con que Luis, favorecido por las tinieblas, escuchaba la conversacion que al principio creyera insignificante.

—Explícame el motivo de todas esas novedades; añadió Juana.

—¿No nos oirá ninguno?

—Todo el mundo duerme, y hasta mi señorito ha apagado há tiempo la luz de su cuarto.

—Pues has de saber que no volveremos á Madrid en muchos años.

Luis se clavó las uñas en el pecho hasta hacerse sangre.

—¿Por qué?

—La señorita Clara es la que lo ha exigido así. Pero no es eso lo más extraño, sino lo que voy á contarte ahora.

—Acaba.

—La señorita se casa.

—¿Con mi amo?

—No... con el mio.

Y José acompañó la noticia con una carcajada brutal, mientras un sudor helado corria por la frente é inundaba las mejillas de Luis.

—¡No vuelvo de mi sorpresa!

—Parece que el señor duque se ha prendado de la marquesita, y ha pedido su mano, la cual le ha sido otorgada mediante dos condiciones: la primera que se guardaria absoluto silencio con todo el mundo; la segunda que los futuros esposos abandonarian Madrid ántes del matrimonio, residiendo por ahora en el extranjero.

—Ya, hasta que al señorito se le pase el berrenchin.

—Y ya tardará en pasársele, porque el pobre estaba muy enamorado.

Luis lanzó un rugido sordo, que no llegó á los oidos de los dos criados.

—¡Por cierto que no es feliz en sus amores! exclamó Juana riéndose.

—Figúrate tú si no habia de ser preferido el señor duque, que aunque viejo, es grande de España, y riquísimo.

Y sin embargo de que la conversacion continuaba, Luis no escuchó ya más: habíase apoderado de él un vértigo espantoso: paseaba por el aposento como un insensato, articulando sonidos salvajes muy parecidos á los ahullidos de las fieras; mesándose el cabello, golpeándose la frente, destruyendo con furor todo cuanto encontraba á su paso.

Al oir el ruido, los dos criados desaparecieron de los respectivos balcones, y corrieron á acostarse.

De pronto los ojos de Sandoval, inyectados de sangre, despidieron una luz siniestra y sombría, como los del tigre en el fondo de su guarida solitaria: encendió con ligereza una bujía; buscó un revólver, cogió un puñal damasquino, colocado entre otras armas en una panoplia; y dirigiendo una fatídica sonrisa al libro de Shakspeare, que habia quedado abierto sobre su mesa, salió rápida y silenciosamente del aposento.

No necesitaba sino dar pocos pasos por un oscuro corredor para llegar al cuarto de su madre, quien despues de algunas horas de insomnio, dormia tranquilamente.

Sandoval no la miró siquiera: dominado por una idea fija, dirigióse al balcon, lo abrió, saltó al de la casa inmediata, y colgándose de los hierros, se dejó caer al del piso inferior con tal acierto y con tal tino, que no se hizo el menor daño.

En seguida, con una sangre fria que no se hubiera sospechado en un hombre que habia perdido el juicio, cerró cuidadosamente los cristales y las puertas del balcon, y se dirigió á la alcoba de Clara.

Esta, sorprendida por el estrépito, acababa de despertar, y apoyado el codo en la almohada y la mejilla en la mano, no se daba cuenta de lo que escuchaba.

Pero al ver aparecer á Sandoval con el revólver y el puñal en la mano, con la mirada extraviada, con la boca entreabierta, con la fisonomía torva, exhaló un grito de terror, que ninguno pudo escuchar.

Acercóse Luis al lecho, contempló un instante á Clara, y la preguntó con voz airada y amenazadora:

—¿Es verdad que me has vendido otra vez?

—¡Perdóname! ¡Perdóname! — dijo ella con acento débil y trémulo.

—¿Es verdad que te vas á casar con el duque de Valle-Claro? — prosiguió Sandoval más irritado todavía al escuchar aquellas palabras, que eran una confesion.

—¿Es verdad, es verdad todo? — ¡Responde! añadió, viendo que Clara muda de espanto guardaba silencio.

—¡Perdon! ¡Perdon! — exclamó la jóven poniéndose de rodillas en el lecho, y cruzando las manos en ademan suplicante.

—¡Pues que el cielo tenga piedad de los dos! — dijo con voz terrible Luis.

Y lanzándose sobre ella la dió tres golpes en el seno con el puñal; luégo volviendo el arma homicida contra sí mismo, se la clavó encima del corazon.

Clara lanzó un grito agudo, cayendo sin sentido sobre la almohada.

Cuando la marquesa, á quien el grito de su hija habia despertado, corrió al cuarto de ésta, contempló el más horrible espectáculo: — dos jóvenes de pocos años, llenos de hermosura, de lozanía, de porvenir, yacian allí bañados en su sangre, sin movimiento y sin vida.

Un año ha trascurrido desde la espantosa catástrofe referida en las anteriores líneas.

Durante ese tiempo, la sociedad cortesana, tan novelera y tan impresionable, se ha ocupado primero en todos sus detalles é incidentes: despues en seguir los trámites de la ruidosa causa criminal que se ha instruido acerca de ella.

Porque ninguno de los dos actores del drama sucumbió de resultas de las heridas: — graves las del uno como las del otro, no eran, sin embargo, mortales. — La mano poco diestra de Sandoval, más acostumbrada á manejar los pinceles que las armas, no habia profundizado los golpes; de modo que al cabo de veinte dias Clara y Luis se hallaban en estado de convalecencia; ella en su casa, él en la cárcel del Saladero, á donde habia sido conducido.

A la noticia de la tragedia, el conde de San Genaro y su hermana Angela, residentes en Valencia, corrieron al lado de Sandoval, el cual tuvo dos personas que velasen por él, de noche como de dia, con viva ternura y solícito interés. — Su pobre madre, anciana y enferma, no podia prestarle sus amorosos cuidados.

La sumaria se instruyó con gran rapidez: el crímen habia tenido numerosos testigos y espectadores: á las voces de auxilio de la marquesa de Roca-blanca acudiera toda la vecindad, pudiendo contemplar á la víctima y al asesino en la misma actitud en que habian caido: Clara en la cama, Luis al pié de ella en el suelo. — Allí estaba el puñal ensangrentado; allí tambien el revólver, otra prueba más para la acusacion fiscal.

Desde el primer momento, Luis no negó nada; confesóse culpable, y no alegó siquiera las circunstancias atenuantes, encerrándose en el más impenetrable silencio.

Clara, por el contrario, movida de un sentimiento noble, explicó cuanto habia precedido al delito; sus relaciones amorosas con el artista; sus propósitos de romperlas por medio de una larga ausencia; en fin, expuso que no queria aparecer como parte en la causa, y que otorgaba al reo ámplio y completo perdon.

Lo único que no reveló fueron sus proyectos matrimoniales con el duque de Valle-Claro, los cuales recibieron no obstante plena confirmacion, pues apenas lo permitió el estado de su salud, se unió á él con indisolubles vínculos.

Aquella mujer fria, positiva y coqueta, habia tenido un momento de generosidad cuando exculpó hasta cierto punto á su amante; pero volvia á ser lo que siempre: — un mónstruo de egoismo y de falsedad.

Al propio tiempo, la madre de Luis, agobiada bajo el peso de los disgustos y las enfermedades, bajó al sepulcro, y el pobre artista no tuvo para consolarse sino la amistad y el cariño de su amigo Cárlos y de Angela.

Ésta se habia convertido en verdadera hermana de la caridad: acompañada siempre de una de esas piadosas mujeres, que prodigaba sus asíduos cuidados al paciente, Angela era la enfermera más hábil, más dulce, más eficaz que puede imaginarse.

Ella levantaba los vendajes, lavaba y limpiaba la herida con la destreza del mejor cirujano; ella traia los alimentos que el enfermo rehusaba al principio tomar, y que despues no queria sino de su mano; ella, en fin, velaba infatigable cada noche y á cada momento el sueño agitado del pobre Luis.

Dedicada exclusivamente á su santa tarea, y para no perder tiempo en el tocador, Angela se habia cortado el pelo; vistiendo constantemente un vestido de lana negra, el cual, por la correa que á guisa de cinturon ceñia el talle, y por el escudo de plata colocado en una de sus mangas, indicaba que debia ser hábito de la Vírgen de los Dolores.

¿Qué misteriosa y oculta causa habia hecho á la tierna y hermosa niña abandonar sus galas y sus preseas, sacrificar sus magníficos cabellos rubios, renunciar á todos los placeres y distracciones sociales, para consagrarse sin descanso ni tregua á aliviar la triste suerte del infeliz Sandoval?

Éste era el íntimo amigo de su hermano Cárlos: los dos se profesaban desde la infancia un cariño fraternal, y ella misma, durante su viaje á Italia, habia cobrado vivísimo afecto á Luis. — ¿No bastaba esto para justificarlo todo?

El rostro y el carácter de la jóven armonizaban admirablemente con su nombre: Angela se llamaba, y era en realidad un ángel de mansedumbre, de abnegacion y de bondad.

Capaz del heroísmo más sublime, de las acciones más esforzadas, Angela poseia un corazon ardiente é impetuoso. Nada era imposible para aquella alma generosa é intrépida; nada cuando se trataba de socorrer, de aliviar, de consolar á una persona afligida ó amada.

Ni un solo momento le ocurrió que su pura é inmaculada reputacion pudiese padecer pasando los dias y las noches al lado de un hombre que no tenia treinta años, ella que acababa de cumplir diez y siete; ó si semejante idea acudió á su imaginacion, la arrojó léjos de sí con desdeñosa indiferencia. Ni una sola vez pensó en cuál seria el término y el desenlace de aquella situacion difícil y peligrosa.

Cárlos, aunque con más conocimiento del mundo, no era ménos noble ni ménos grande que su hermana; y á pesar de que no se le ocultaban la sorpresa ó el escándalo de la gente maliciosa ó suspicaz, los afrontó impávido ántes que faltar á los deberes impuestos de consuno por el corazon y por un deber de humanidad.

La señora de Sandoval habia muerto; Luis no tenia ya en la tierra más consuelo ni más apoyo que los dos hermanos: ¿no habria sido una cobardía infame que cualquiera de ellos le abandonara por temor á las calumnias de los hombres?

Cuando Luis convaleció de su herida, la hermana de la caridad se despidió del enfermo á quien habia prestado sus cuidados, y fué á consagrárselos á otro que los necesitase; pero Sandoval no se quedó solo por eso: á las ocho de la mañana venia Angela con su labor y con sus libros y se instalaba en la cárcel sombría hasta la hora avanzada de la noche, en que la obligaban á retirarse. — Allí almorzaba y allí comia; allí continuaba exclusivamente dedicada al pobre preso, ya entreteniéndole con lecturas agradables, ya con su conversacion animada y cariñosa.

Mientras tanto el conde de San Genaro veia al juez, hablaba al procurador, y se ponia de acuerdo con el abogado para activar la vista de la causa. Por la tarde venia al Saladero, y tomaba parte en la modesta comida y en la triste tertulia de su amigo.

El casamiento de Clara favoreció más de lo que puede imaginarse los intereses de Luis: todo el mundo tuvo con él una prueba de la traicion y de la perfidia de la nueva duquesa; todo el mundo comprendió la desesperacion y el arrebato de su amante al verse engañado por segunda vez.

Hízose el vacío en derredor del nuevo matrimonio; solo le visitaron sus deudos y amigos más íntimos; la mayoría de la sociedad de Madrid no fué siquiera á dejarles tarjetas.

Clara devoró en silencio el desaire y la vergüenza, y se consoló ostentando en los paseos y en los teatros un lujo deslumbrador, tanto en trajes y aderezos como en coches y caballos.

¿Habia resistido la pasion del artista al influjo del tiempo, de los desengaños, de la desgracia? — No nos atreveremos á negarlo.

Despues de los primeros dias, en que con vivo afan pedia noticias de la situacion de Clara, no habia vuelto á nombrarla, y parecia haberla olvidado completamente.

No obstante, el que observara con atencion el rostro de Sandoval, habria comprendido desde luego que le dominaba una idea fija, invariable, eterna.

El amor existia aún en el fondo de su alma herida y desgarrada; el amor en toda su fuerza, en toda su violencia, en toda su desesperacion.

Luis amaba á aquella mujer odiosa, y sin embargo, la despreciaba profundamente.

Este era un horrible, un incomparable suplicio. — Decíale su entendimiento que no merecia Clara más que olvido y oprobio; pero su corazon no se conformaba con fallo tan severo y riguroso, sublevándose contra él.

¿No estaba arrepentida quizás de su perfidia? ¿No le habia descubierto el arrebato de Luis la vehemen-

cia y el ardor de su cariño? ¿No le amaba acaso entónces, ella que no le habia amado ántes?

Tales eran las quimeras, las ilusiones que se forjaba su mente inquieta; tales eran los pensamientos que poblaban su imaginacion febril.

Por eso hablaba poco; por eso escuchaba la graciosa charla de Ángela, sin tomar casi parte en ella; por eso preferia tal vez la lectura de cualquier libro que no hiciese extraño ó sospechoso su silencio.

Temia que á cada instante se escapase de sus labios el nombre que estaba siempre en su memoria; temia descubrir el triste secreto que era á un mismo tiempo su vergüenza y su felicidad.

Una tarde hallábase solo con Cárlos: Angela, algo indispuesta, no habia podido venir al Saladero aquel dia: faltaban, pues, el encanto y la animacion producidos siempre por su presencia: faltaba la alegría que esparcia sobre todo, hasta en la lobreguez de la cárcel, con su voz argentina, con su mirada plácida, con su viveza inocente, con su risa juvenil.

Los dos amigos la echaban de ménos y se sentian abatidos y tristes: ninguno de ellos hablaba; ninguno de ellos encontraba una frase para empezar la conversacion.

Luis abrió un libro, é hizo que leia: Cárlos se arrojó sobre una butaca y fingió dormir.

Hacía mucho tiempo que no se habian encontrado completamente solos; hacia algunos meses que el uno deseaba dirigir una pregunta al otro, y que éste temia oírsela formular.

Al cabo de media hora, y cuando cualquiera hubiera creido al conde de San Genaro entregado al sueño, Luis soltó el libro, se inclinó hácia él, y le dijo con un acento que revelaba su agitacion:

—Cárlos, ¿y Clara?

—Há un siglo que nada me dices de ella.

El conde apartó las manos con que se cubria el rostro, y repuso turbado y balbuciente:

—Porque nada bueno podia decirte.

—¿Ha muerto?—preguntó Sandoval lleno de ansiedad.

Cárlos no respondió en seguida; quiso calcular si su amigo tendria bastantes fuerzas para resistir el golpe que iba á dirigirle.

—¡Responde! ¡Responde!—exclamó Luis ansioso y frenético.

—Ha muerto para tí; dijo entónces suavemente el conde, como para atenuar el efecto de sus palabras... Se ha casado con el duque de Valle-Claro.

Luis no exhaló un grito, ni hizo un movimiento; pero brotó de sus ojos un torrente de lágrimas, que el conde dejó correr sin intentar enjugarlas.

Cuando se hubo calmado un tanto aquel dolor inmenso, los dos se abrazaron con ternura.

—¡Ya no me queda nadie más que tú en el mundo! murmuró Sandoval sollozando.

—¡Ingrato! dijo en tono de reconvencion el conde. ¡Ingrato! ¿Y Ángela?

¡Fenómeno singular!—En aquel momento parecióle á Luis que un rayo de luz purísima iluminaba su alma, y venia á disipar las tinieblas de su razon.

JAPON.—Llegada del primer tren de ferro-carril á Yokohama; cróquis de un dibujante indígena.

Mientras tanto la causa se habia visto en el juzgado inferior, recayendo sentencia en ella. A pesar de las circunstancias atenuantes, á pesar del interés que inspiraba la noble actitud de Luis, á pesar de lo que le favorecia la conducta imprudente de Clara, era imposible apartar del delito el cargo de premeditacion.

Se habia encontrado sobre la mesa del estudio de Sandoval la tragedia *Otelo*, abierta precisamente por la escena en que el general veneciano asesina á su amada; era indudable que Luis se habia descolgado desde un balcon de su casa á otro de la de la marquesa; además del puñal con que hiriera á la jóven, iba provisto tambien de un revólver.—«Para consumar mejor su crímen y poder huir despues, decia la acusacion fiscal, prefirió el arma blanca á la de fuego, que hubiera llamado más pronto la atencion; y sin duda no intentó darse la muerte hasta que juzgó imposible la fuga.»

En vista de estas consideraciones, se le imponia la pena de diez años de prision mayor.

La Audiencia fué ménos rigorosa y severa, porque la rebajó á cuatro de prision correccional, que debia sufrir en Cartagena.

Luis supo con heróico estoicismo su condena, y no quiso intentar la apelacion, resistiéndose á las instancias de Angela y de Cárlos.

Cierta tarde se hallaba solo en su prision con la primera; y ¡cosa extraña! aquel dia habia perdido él su tranquilidad y su calma, mientras el rostro de la jóven presentaba su dulce expresion habitual.

Angela bordaba un *cubre-piés* de lana y seda, destinado á Sandoval, y éste miraba la aguja entrar y salir rápidamente en el cañamazo, conducida por aquella mano blanca, hábil y ligera.

—¡Qué poco tiempo nos queda de estar juntos! dijo con acento melancólico el pobre preso, levantando los ojos al cielo.

—¿Y por qué?—respondió Angela con la más viva sorpresa.—Es cosa convenida entre mi hermano y yo que te seguiremos á donde vayas.

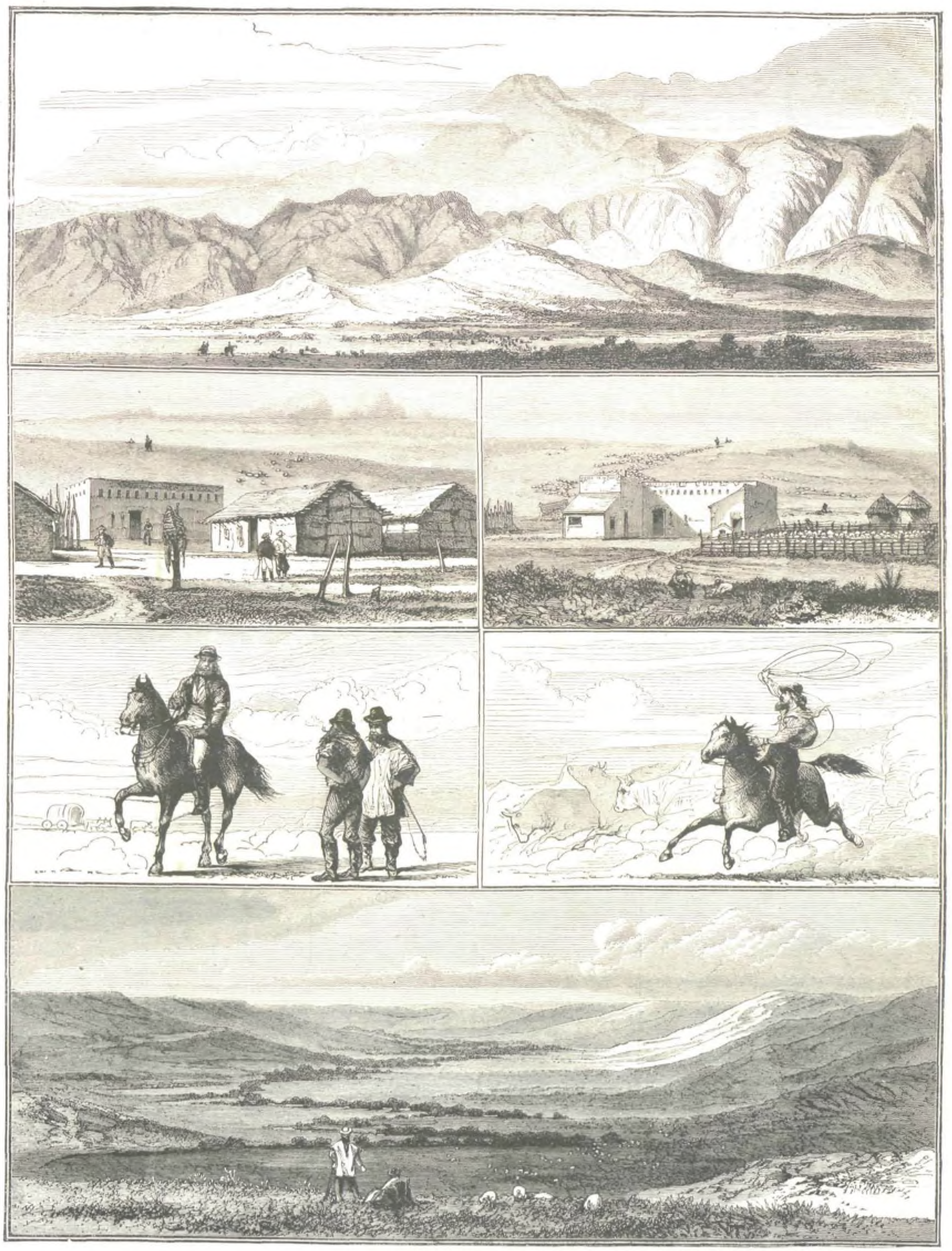
—¡Seguirme! ¡Eso no es posible! Harto os debo, harto os he debido durante el año que acaba de transcurrir. Así, no consentiré nunca en que te agostes en el interior de una cárcel sombría; en que renuncies por mí á los placeres propios de tu edad y de tu situacion.

El semblante de la niña se alteró al escuchar estas palabras, extinguiéndose su habitual sonrisa, desapareciendo de él la franca alegría que siempre le animaba: en un momento tornóse grave, digno, solemne: su voz correspondia á semejante cambio de expresion.

—No, no; dijo suspendiendo su labor y contemplando con serenidad á Luis.—No: nuestro destino debe ser igual en adelante, porque se halla irrevocablemente unido. Despues de lo pasado, solo Dios puede separarnos ya.

E imponiendo silencio con un ademan á su interlocutor que queria interrumpirla, prosiguió hablando así:

—Si tu presente y tu porvenir fuesen otros; si motivos poderosos de delicadeza no te prescribieran imperiosamente el silencio, yo habria encerrado en el fondo de mi alma el secreto que te voy á descubrir. Pero se trata de tu felicidad ántes que de la mia, y ya no me es posible enmudecer. Responde, Luis: ¿me profesas bastante aprecio para aceptar lo que te ofrezco; para dar-



BUENOS-AIRES.—Colonia inglesa en Bahia-Blanca.

me el nombre de esposa tuya; en fin, para enlazarte á mí por medio de vínculos sagrados?

Sandoval no respondió sino con un grito de sorpresa y de júbilo, y cubriendo de besos la mano que Angela le tendia.

—Óyeme, continuó ella, y no llamarás sacrificio á lo que voy á hacer.

Te conozco desde mi infancia: te amé desde nuestro viaje á Italia, que me puso de relieve las elevadas cualidades de tu carácter y de tu corazon. Algun tiempo esperé ser tambien amada...: pero un dia, cuando Cárlos y yo te creíamos curado de tu funesta pasion, no sé qué noticia vino á reanimarla y á enardecerla, y nos abandonaste repentinamente...

—¡Ah!—añadió interrumpiéndose y enjugando una lágrima que humedecia sus párpados.—¡Nunca sabrás lo que padecí y lo que lloré entónces!—¡Eras mi primero, mi único amor; y yo veia desaparecer la dulce ilusion que me habia sonreido y halagado un momento! Partiste, y yo quedé sola, triste, abatida, desesperada.

Así, cuando en la hora de la desgracia corrimos hácia tí, inquietos, afligidos, atribulados, imaginé yo que mi dolor procedia únicamente del peligro en que se hallaba tu existencia: pronto comprendí que tenia distinta causa... ¡Y era el amor profundo, inmenso, terrible que profesabas á otra mujer!

Calló Angela, é inclinó los ojos al suelo, como ruborizada de las frases que se escapaban de sus labios.

Luis tomó entónces la palabra:

—Pero ese amor ha muerto para siempre, dijo con sencillez y sin énfasis; ¡quizás más que el desprecio hácia la que lo inspiraba, lo ha matado la comparacion contigo!

—Pues bien,—prosiguió la jóven volviendo á levantar la mirada y fijándola con inefable ternura en Luis:—si tú fueses feliz y opulento; si pudieras sospechar que al acercarme á tí lo hacia movida de un sentimiento vergonzoso ó interesado, yo hubiera tenido bastante fuerza para callar: más ahora que solo se trata de asociarse á tu infortunio; de acompañarte en tu soledad; de consolarte en tu tristeza: de consagrarse á tí en cuerpo y alma; ahora que mi obra es toda entera de amor y de abnegacion, vengo, con el rostro sereno, con la frente erguida, con el corazon tranquilo y satisfecho, vengo á decirte solamente: «Luis, te amo y te he amado siempre: ¿me aceptas por tu compañera y tu amiga en los dias de la adversidad?»

Luis contemplaba con asombro, con admiracion, á aquella mujer tan grande y tan sencilla, que casi le pedia como un favor compartir con él la desgracia y la prision.

Parecióle que era un ángel descendido del cielo, bajando á consolarle y á fortalecerle; creyó ver su bella cabeza circundada de una aureola luminosa; en su mano el arpa de oro con que acompañaba el coro de los alados querubines.

Poseido de respeto profundo, cayó á sus piés, y besó humildemente el borde de su vestido de lana negra.

Despues, cuando hubo pasado aquel éxtasis divino; cuando recobró la razon; cuando miró frente á frente la realidad, ocurrióle una duda horrible, formulada en esta pregunta dirigida á Angela:

—Pero y Cárlos, ¿podrá aprobar nunca tus nobles, tus generosos proyectos?

—No solo los aprueba—dijo una voz sonora y solemne detrás de los dos jóvenes,—la del conde que acababa de entrar—sino que eran su voto y su deseo más ardientes.

En aquel instante, el reo que iba á cumplir una larga y dolorosa pena, no se hubiera cambiado por el hombre más grande y poderoso del universo.

El mismo dia en que en compañía de Ángela, ya su esposa, salia Sandoval de Madrid en direccion de Cartagena, la duquesa de Valle-Claro daba un magnífico baile en su palacio de Recoletos á la alta sociedad madrileña, habiendo invitado á él hasta á las personas que no la habian querido visitar.

La mayor parte de ellas, deponiendo sus rencores, asistieron á tan brillante fiesta.

Y sin embargo de los placeres que ofrecia, no habia aquella noche en los encantados salones de Clara dos séres tan felices como los que iban á sepultarse en el fondo de una prision oscura y solitaria.

Porque el amor verdadero es como el sol, que alegra y embellece todo lo que recibe su espléndida luz, sus vivos y refulgentes rayos.

RAMON DE NAVARRETE.

FIN.

LA VISION DE ZACARÍAS.

(IDILIO CASERO.)

Zacarías... Fernandez, no el profeta,
sino un pobre poeta
redactor de un diario que no indico,
con diez duros al mes, y esos *de pico*,
dormido una mañana
en su camaranchon á teja vana,
un miércoles de Enero
y con cinco ó seis grados bajo cero,
soñó (debilidad seguramente)
punto más, punto menos, lo siguiente:

—

Pisando apenas la tupida alfombra,
ibale á los alcances una sombra,
descubriendo á través de blanco velo
dos ojos tan azules como el cielo.
De la siniestra mano, que escondia,
verde corona de laurel pendia,
y de la diestra un saco
gordo, lo mismo que el tonel de Baco,
donde sonaban trémulas é inquietas
onzas, doblillas, duros y pesetas.
El infeliz, absorto al contemplarla,
dudaba si esperarla ó no esperarla,
y era un dilema que le daba grima
el dejarse coger, ó el irse encima.
Por fin, dulce y sonora
cual la de la mujer á quien se adora,
la voz de la vision, si es voz el canto,
así rompió el silencio y el encanto:

—

—Fernandez, no te asombre
que te salude y llame por tu nombre,
pues espíritu soy de una persona
que há tiempo te conoce: tu patrona.
Ella guarda el secreto de tu vida
al duelo inmensa, y al placer medida,
comprende tu inquietud y tus afanes,
y ha sumado tus penas y tus panes.
Alma cerrada á la maldad y al dolo,
se abre la tuya á la virtud tan solo,
y por ese camino
nunca llegar podrás á tu destino.
Tu destino es vencer; pompa, riqueza,
adulacion, grandeza,
cuanto al mortal conviene
en este saco está: de todo tiene.
Una palabra tuya, y te lo entrego.
—Y tú, sombra, ¿qué harás?
—Dejarte luégo.
—Y díme: ese laurel que avara escondes,
ese cantar con que á mi voz respondes,
esa pálida frente alabastrina
que el sol de tus miradas ilumina;
esa celeste calma
en que se inunda al contemplarte el alma,
¿de mí se alejarán si tú te alejas?...
—Cierto; pero con oro ¿á qué te quejas?
—¡Oro! Maldita la region impía
que hijo tan vil en sus entrañas cria!
¡Maldito el que por oro
trueca de sus ensueños el tesoro,
y del altar del genio y la hermosura
hace un arcon de doble cerradura!
Venga ese saco, venga,
corra por esas calles cuanto tenga;
llenad, llenad, avaros, los bolsillos...
(y se dió en la pared con los nudillos).
Sonrióse Fernandez, y ¡qué tonto!
(dijo entre sí) ¡me desperté muy pronto!
¡Soñaba que á ser rico no aspiraba,
y era pobre y feliz, ó lo soñaba!...
¡pero aquella mujer de ojos de cielo!...
si yo fuera pintor ¡qué gran modelo!
vuelvo á dormir, y á que otra vez me embrome,
una sombra... ¡mejor! ¡así no come!

—

Entre la turba multa callejera
que vive de esperanzas y armonías,
¿quién una vez siquiera
no tuvo la vision de Zacarías?

MANUEL DEL PALACIO.

LA LEYENDA DE NOCHE-BUENA.

Las tres preciosas composiciones poéticas que á continuacion ofrecemos á nuestros lectores, forman parte del nuevo libro que acaba de publicar el eminente poeta don Ventura Ruiz Aguilera, con el título de *La Leyenda de Noche-Buena*, obra de grandísima oportunidad, aunque no se presentara á la consideracion pública en esta época del año, pues en ella resplandece el más puro ideal del cristianismo con aplicacion á todas las más trascendentales manifestaciones del espíritu moderno y á los problemas regeneradores, cuya resolucion saludable ha de ser el resúmen de las glorias de la civilizacion en nuestro siglo.

Todos los encantos de la variedad de tono, siempre sentido y poético, que han hecho populares los *Ecos nacionales* y las *Elegías* del señor Aguilera, se encuentran en la interesante *Leyenda de Noche-Buena*, en cuyas páginas no decae nunca el alto y divino pensamiento que en todas ellas preside, en medio de la diversidad de asuntos y de la variedad de cuadros, en algunos de los cuales se ve latir la fuerza del interés del drama social.

Tiene razon el poeta cuando dice en la introduccion de su nuevo libro:

«Vengo á llamar á las puertas
de todos los corazones,»

porque en su *Leyenda* interpreta de la manera más noble los más puros sentimientos de la humanidad, y ese secreto, esa mágia que solo poseen los verdaderos poetas, le abrirá las puertas á que llama y aumentará la popularidad de que tan justamente goza.

Algunas de las poesías que componen la *Leyenda* han sido ya traducidas en Alemania, donde tanto se estima á nuestros claros ingenios, y alguna tambien va á ser interpretada en sentidas notas por el genio musical de nuestro célebre maestro compositor don Emilio Arrieta.

Vean ahora nuestros lectores las tres composiciones que tomamos del libro del señor Aguilera, sin que nos hayamos tomado el trabajo de elegir donde todo es bueno.

I.

Este claro rio
De la parte allá,
Riega la campiña
Del pais natal.
Sólo su corriente,
Límpida y fugaz,
Sirve á dos naciones
De frontera al par.
Si á la nuestra vimos
Con desden quizás,
Hoy, ausentes de ella,
Clama nuestro afan:
El que no supiere
Á su patria amar,
Déjela proscrito
Y él aprenderá.

II.

Desde allá su cielo,
Cielo sin igual,
¡Cuánto á nuestras almas
Dice sin hablar!
En revueltos giros
Sube la espiral,
Que describe el humo
Del campestre hogar.
¡Oh! ¡qué de alegrías
Revelando está!
¡Cómo crece, al verla,
Nuestra soledad!
El que no supiere
Á su patria amar,
Déjela proscrito
Y él aprenderá.

III.

De la orilla opuesta
Vienen sin cesar
Ecos misteriosos
Que dolor nos dan.
¿Es que léjos zumba
Ronco vendaval,
Que los bosques gimen,
Que solloza el mar?
¿Ó es que en nuestra patria,
A estas horas, ya
Todo es regocijo,
Todo santa paz?
El que no supiere
Á su patria amar,
Déjela proscrito
Y él aprenderá.

IV.

Padres, compañeros,
No llegueis jamás
De los desterrados
Á sentir el mal.
Pasa, Noche-Buena,
Pasa, por piedad;
Tus recuerdos tristes
Luégo pasarán.
Que si amarga al hombre
Siempre suspirar
Léjos de los suyos,
En tus horas... más.
El que no supiere
Á su patria amar,
Déjela proscrito
Y él aprenderá.

Dos velas amarillas
El cuerpo alumbran de la jóven muerta;
Á sus piés, de rodillas,
Pálida, inmóvil, yerta,
Como una estátua del dolor, la madre
Querella impía ú oracion murmura
Con sollozo sin tregua y frase oscura.
Y allí, felices ¡ay! en la ignorancia
De la edad infantil; desharrapados;
Ya la sonrisa en la entreabierta boca,

Que de vivir revela el ánsia loca;
Ya en los ojos pasmados
Pintada la expresion indefinible
De lo que viendo están y no comprenden
Ó juzgan imposible,
Dos pequeñuelos,
Alma del alma
De aquella, que la suya dió á los cielos,
Tras un instante de silencio y calma
Los villancicos de la noche entonan,
Como el ave inocente
Suelta su alegre voz al aire vago,
Cuando en tierra y en mar se ve áun presente
De la borrasca el espantoso estrago.

Yo adivino en quién piensa esta noche
El que cruza el desierto del mar,
Ya la brisa murmure apacible,
Ya se mueva furioso huracan.
Mas no sé lo que dicen las olas,
Que vienen y van,
Al que pasa esta noche entre abismos,
Los abismos del cielo y del mar.
—¿Qué harán á estas horas
Los mios, qué harán?—
Esta noche medita
El que va por el mar.
Y las olas, y el cielo, y el aire,
Con voz desigual,
No diciéndole nada, le dicen
Tanto y tanto, que le hacen dudar
Si debe alegrarse,
Si debe llorar.

Yo adivino en quién piensa esta noche
El que tiene algo suyo en el mar,
Ya la brisa murmure apacible,
Ya se mueva furioso huracan.
Mas no sé lo que dicen las olas,
Que vienen y van,
Al que tiene un pedazo del alma
Caminando entre el cielo y el mar.
—¿Qué harán á estas horas
Los mios, qué harán?—
Interrógase en tierra
El que piensa en el mar.
Y las olas, y el cielo, y el aire,
Con voz desigual,
No diciéndole nada, le dicen
Tanto y tanto, que le hace temblar
Su horror á lo inmenso
Y oscuro del mar.

RESTOS DEL CASTILLO DE ASTORGA,

DEMOLIDOS EN AGOSTO DE 1872.

Cuando las naciones que figuran á la cabeza de la civilizacion, se afanan en conservar los monumentos artísticos que nos legaron las edades pasadas, sucede en nuestra patria todo lo contrario: bien á menudo, por desgracia, tenemos que lamentar la pérdida de algun edificio ú objeto artístico digno de conservacion.

Hoy los amantes de las artes tienen que lamentar la destruccion de la portada gótica del castillo de Astorga, acto llevado á cabo por el *ilustre* Municipio de dicha ciudad, con el fin de levantar sobre sus ruinas un circo de piedra... ¡para plaza de toros!!!

Por las escasas memorias que han llegado hasta nosotros, sábese que la antigua morada feudal de los marqueses de Astorga, se conservaba todavía intacta en el pasado siglo: á sus grandes y bellas proporciones, reunia ese doble carácter de edificio civil y militar que tanto distingue á los castillos de los siglos XV y XVI: extenso rectángulo, de cuyos vértices se destacaban macizas torres cilíndricas, coronadas de fuertes barbacanas.

Elevábase el castillo sobre la parte Sudoeste de la ciudad, formando continuacion con la romana cerca y haciendo frente con la fachada gótico-plateresca de la catedral que á corta distancia se levanta. Los restos destruidos en Agosto último (representados en nuestro grabado de la pág. 741), eran un precioso modelo del estilo ojival del tercer período, con algunas reminiscencias mudejares de las que generalmente caracterizan los monumentos de la época de los Reyes Católicos. Debieron ser levantados en la segunda mitad del siglo XV, sin duda durante el reinado de Enrique IV, que dió á la familia de los Osorios, el título de marqueses de Astorga. Formábanle dos cubos terraplenados que flanqueaban el lienzo de la entrada principal del palacio, sobre cuya ancha puerta de arco rebajado se distinguian, en primer término, dos pequeños nichos dentro de sobrepuestos marcos tallados, que sostenian dos leonas heráldicas; más arriba una lápida ceñida con un cordon adornado de cinco simétricas cuadrifólias del estilo gótico florido; y como dando gracia y armonía á estos varios cuadros, dos pilarcitos laterales de esbeltos capiteles. Encerraba la lápida, en letras de relieve, los siguientes versos, divisa de la casa de los Osorios:

Donde sus armas posieron
Movellas jamás podieron (1).

En la parte superior de tan elegante portada alzábase, coronado por tres conchas, que parecen recordar la batalla de Clavijo, el escudo de armas de la casa (2) con bordura formada de castillos y leones acuartelados entre arquitos conopiales. A cada lado de este escudo avanzaban, en forma de conos invertidos sembrados de bilos de perlas en sus estrias, dos cubillos de heraldos ó bien pedestales de garitas, que daban cierto aspecto de majestad señorial á la fachada; patentizando asimismo los conocimientos arquitectónicos que poseian los artífices de los tiempos medios, al dotar sus construcciones de tanta belleza y solidez.

La historia del castillo se encuentra envuelta en las sombras del olvido, y apenas hemos podido recoger más datos que los relativos á las diferentes transformaciones que sufrió desde comienzos del siglo actual hasta su completo derribo verificado recientemente.—En 1810 se apoderó de Astorga el ejército francés al mando de Junot. A pesar del horroroso bombardeo que sufrió la ciudad, conservóse intacto el castillo, cuyos alrededores fueron embellecidos por la guarnicion extranjera con varios pequeños jardines, situados paralelamente á la casa que sirve hoy de teatro ó cosa parecida. Repararon además los desperfectos que el tiempo habia causado en el edificio, pudiendo decirse que éste y la plaza conocida con el nombre de *Juego de Cañas*, fueron el objeto predilecto de sus trabajos de ornamentacion urbana. Al poco tiempo fué sitiada por los españoles, que dieron gran preferencia á la ocupacion del castillo, y para conseguirla abrieron una mina por el ángulo Sudoeste, mina que no llegaron á utilizar por haber abandonado los franceses la plaza: de este segundo sitio salió tambien ilesa la fábrica.

En 1811 la Regencia del reino, por temor á nuevas ocupaciones del ejército invasor, dió un decreto para demoler todas las fortificaciones interiores; y en cumplimiento de esta órden empezaron los trabajos para volar el castillo y las murallas. Grato nos es consignar aquí, que el ingeniero encargado de dirigir esta obra de destruccion, no pudo ménos de creer digna de conservarse la *fachada del Castillo*, puesto que, sin deterioro alguno, la salvó de la voladura que dió en tierra con la mayor parte del edificio (3). Al mismo tiempo fueron destruidos, el *Cubo Mirador*, la Puerta de Hierro, la del Obispo y casi todos los cimientos de la muralla que unia al palacio con el actual paseo público, construido sobre el en que parece hubo una sinagoga, de la cual tomó el nombre con que este se distinguia ántes de convertirse en jardines. De la parte del edificio derribado se sacaron varios adornos y materiales, de los cuales el más importante fué el balcon de hierro que tienen hoy las Casas Consistoriales, y estaba colocado en las habitaciones denominadas de la *Marquesa*. Últimamente, en Setiembre de 1868, fué adquirido el solar y restos del castillo por el Ayuntamiento, con el laudable propósito de hacer un jardin, restaurando la fachada que se ha demolido en medio de la nueva obra (4).

Las crónicas (5) que tratan de la ilustre familia de los Osorios y marqueses de Astorga, á quienes perteneció el derribado palacio del mismo nombre, están sembradas de hechos memorables, que bien merecen les dediquemos algunos párrafos.

Desentendiéndonos de los orígenes genealógicos de carácter puramente tradicional, nos concretaremos á recordar los hechos culminantes consignados en documentos originales, que se conservan en el archivo de la casa, y que más se relacionan con el asunto que nos ocupa, á fin de imprimirle alguna novedad histórica.

En 1386 vió Astorga sobre sus muros la bandera del duque de Lancaster, y hubo de cercarla Alvaro Perez Osorio, para desalojar de su recinto á los ingleses, y devolverla al dominio de don Juan I, quien otorgó á la ciudad varias aldeas, á fin de asegurar mejor su libertad. Desde que don Juan II confirmó á favor de los condes de Villalobos todas las mercedes concedidas por sus antecesores (1), comienza la más interesante historia de los Osorios. Grande cariño y confianza mostró este rey al conde don Pedro, sirviéndose de él para reducir al príncipe su hijo, que se manifestaba rebelde. Reinando ya don Enrique IV, le dió una provision (24 de Agosto de 1458), en la que ordenaba á los vasallos del reino de Galicia ayudasen y obedeciesen al conde su primo en todo cuanto les mandase. Hallándose el monarca en Madrid (1461), descontento de algunos nobles, confió á don Pedro la manera de quitarles la vida en su mismo palacio. Pudo éste librarse de llevar á cabo semejante crimen, de acuerdo con el rey, y así se lo manifestó á los *grandes*, pretendiendo arredrarlos de sus maquinaciones; pero no perdonándole, sobornaron á su criado, y le asesinaron, siendo enterrado en el convento de San Julian á media legua de Valderas (2). Sucedióle don Alvaro, á quien dejó encargado no tomase jamás venganza de sus matadores.

Perseguido don Enrique por el infante don Alonso y sus secuaces, viérase en gran peligro en la ciudad de Zamora (1461), si el noble conde, irritado contra la deslealtad de aquellos, no acudiese en su socorro con 400 hombres de armas, 100 jinetes, 2.500 infantes y muchos pertrechos de guerra, llevando delante de su persona cuatro pajes á caballo con sus adargas, y con un geroglífico que simbolizaba la obligacion que todo vasallo tenia de servir á su soberano. Los rebeldes pusieron sitio á Simancas, y el conde no cesó de perseguirlos, hasta hacerles desistir de su empeño. Trataron entónces de atacarle por la espalda, llevando la guerra á sus señoríos; pero fueron pronto derrotados por las tropas de sus hermanos, don Diego y don Luis, que les salieron al encuentro. Libre el reino de esta lucha civil, el monarca quiso premiar los eminentes servicios de don Alvaro, dándole á elegir las ciudades de Astorga, Lugo y la Coruña, con título de duque ó marqués. Negóse el conde á admitir, alegando que habia prestado sus servicios sin interés alguno; mas insistiendo el rey, eligió el marquesado de Astorga, que obtuvo con toda su ciudad, *fortaleza*, aldeas y vasallos moros y judíos que fuesen *(sic)* vecinos. Dicho privilegio fué expedido en Toro á 6 de Julio de 1465 (3), y entre otros hechos importantes que menciona, como llevados á cabo por el anterior conde, recuerda el haber librado á don Juan II de la prision en que le tuvo el infante de Aragon, don Enrique, en Tordesillas.

Murió don Alvaro Perez Osorio, primer marqués de Astorga, en Sarriá, el 1.° de Octubre de 1469, y fué enterrado en la catedral de dicha ciudad, junto á su tio el obispo don Alvaro. Su hijo, don Pedro, teniendo solo catorce años, combatió al lado de los Reyes Católicos en la batalla que, á las márgenes del Duero, cerca de Toro, dieron los castellanos á los portugueses cuando la guerra de sucesion; siendo el primero que con su gente acometió y desbarató los escuadrones enemigos.

No ménos fama supo adquirir, durante la lucha de las Comunidades de Castilla (4), el sucesor de éste don Alvaro, singularmente tomando á Tordesillas, donde se hallaba prisionera la reina doña Juana.

Don Pedro Alvarez Osorio, octavo marqués de Astorga, se halló en esta ciudad al acto de tomar posesion de su canonicato Felipe III, y como canónigo más antiguo de Leon (5), estuvo sentado en el coro y silla inmediata á la del rey, habiendo recibido ambos los *honorarios* que les correspondian.

Entre otros títulos y preeminencias de que gozaban los marqueses antiguamente, era uno de ellos ser alférez mayor del rey y pendon de la *divisa* de Castilla. Conservábase no há mucho tiempo en Astorga la bandera que se decia llevara á la batalla de Clavijo un ascendiente de los Osorios. Como en recuerdo de aquella tradicional victoria, se sacaba de las Casas Consistoriales la víspera de la festividad de la Asuncion de la Vírgen María, por el alférez mayor que designaba el marqués; y acompañado éste del Ayuntamiento y ca-

---

(1) Nuestro ilustrado amigo el señor Ochoa, nos escribió desde Astorga lo siguiente: cuantas personas aquí recuerdan la inscripcion del castillo derribado, convienen en que decia: «Do sus armas, etc.» Teniendo presente que el primer verso resultaria de siete sílabas, y que sobre la primera de éstas habria, sin duda, el signo de abreviatura del adverbio *donde*, así lo hemos escrito. El señor Quadrado la copió de esta manera: *Do nuevo lugar posieron—moverla jamás podieron*. Debió equivocarse este arqueólogo, pues carecen de sentido semejantes versos.

(2) Piferrer en su Nobiliario, tom. 39, pág. 156, trae por armas de los Osorios: un escudo, el campo de oro y en él dos *lobos* andantes, rojos, lenguas sacadas.

(3) Los escombros sirvieron de relleno á la cuesta del postigo.

(4) Así lo prometió el entónces alcalde, don Matías Arias, en carta particular al marqués.

(5) Entre otras un manuscrito titulado: *Compendio de la descendencia de los marqueses de Astorga, condes de Villalobos*, por don Antonio Bayon. Guárdase en el archivo de la casa.

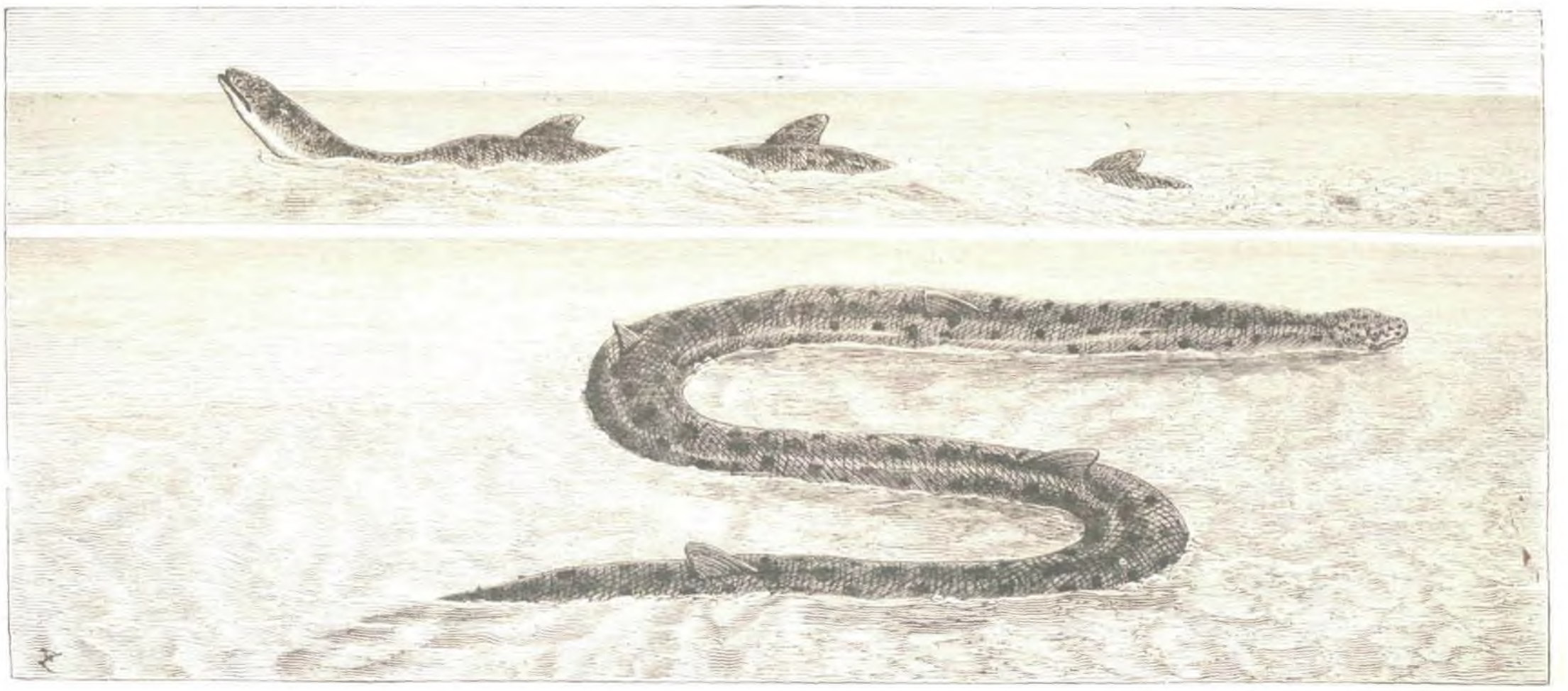
(1) *Privilegio rodado*. Archiv de los herederos de la casa de Altamira.

(2) Fundado por él en 1461.

(3) Conservase original en el archivo de los condes de Altamira Leg. L., n.° 58.

(4) Cuéntase que atacó y persiguió con demasiado encarnizamiento á los Comuneros en la batalla de Villalar. Aunque esto no está consignado en la historia de una manera clara, mucho debió combatir por el rey extranjero, cuando mereció de él tantas distinciones.

(5) En memoria de la tradicional batalla de Clavijo, el Papa Sergio II, hizo á los marqueses de Villalobos, canónigos perpétuos de la catedral de Leon, los cuales tenian asiento de preferencia en el coro, distinguiéndose con el siguiente letrero: *Dominus Villalporum*.



ZOOLOGIA.—Serpiente de mar, vista cerca de Galveston.

balleros de la ciudad, la conducian en procesion á la catedral, donde salia el cabildo á recibirla con música. Colocábase debajo de un dosel en el panteon que allí tienen los Osorios en la capilla mayor, por cuyo acto contribuian con 60.000 maravedises cada año; pero habiéndose negado á satisfacerlos en 1784, quedó suprimida desde entónces tan solemne ceremonia.

Tales son las memorias que ligeramente hemos apuntado, á falta de otras que nos dieran alguna luz acerca del destruido monumento.—Ahora que en nuestra patria se van haciendo notables trabajos arqueológicos, si tan venerable edificio se hubiese conservado, es fácil que andando los tiempos, hombres más eruditos llegasen á descubrir el velo que envuelve en oscuridad la historia de aquella muda página de piedra.

Astorga, la ciudad que Plinio calificó de *magnífica*, y que callada y triste, duerme sobre sus pasadas glorias, no verá ya el curioso viajero detenerse á contemplar su feudal castillo.

RAMON ALVAREZ DE LA BRAÑA.

AJEDREZ.

Solucion al problema núm. 30, compuesto por D. F. Bosch (La Junquera).

BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª A 2 T D.	P toma T.
2.ª A 4 A D.	P toma A (a).
3.ª T 5 T.	R *ad libitum*.
4.ª T toma A, jaque-mate.	
(a)	
2.ª	P juega.
3.ª A 6 R.	P juega.
4.ª T toma A, jaque-mate.	

Hemos tenido ocasion de visitar *El ramillete europeo*, perfumería especial extranjera, situada en la calle de Alcalá, número 34, y bien conocida del mundo elegante de la corte, y podemos asegurar á nuestros apreciables suscritores que en ella hay un abundante surtido de artículos de perfumería, como jabones, aceite, pomadas, esencias, extractos vegetales y demás de diferentes clases, y muchos y curiosos objetos de tocador, á precios muy arreglados.

Tambien hemos visto el nuevo almacen de papel del señor Cogolludo, establecido en la calle de Alcalá, núm. 7, y en él se ejecutan delicados trabajos de litografía, se timbra en colores, se expenden objetos de escritorio, fotografías, curiosidades de varios géneros y tabacos habanos de las marcas más acreditadas.

En ambos establecimientos se reciben además suscriciones á LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA y á LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

ADVERTENCIAS.

Con motivo de la gran Exposicion Universal que ha de inaugurarse en Viena el 1.° de Mayo próximo, la Empresa de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, tiene el honor de anunciar á sus favorecedores el establecimiento de un servicio extraordinario de correspondencias de todo género.

Un suceso de esta índole no podia ménos de preocupar á la Direccion de una revista como la presente, destinada á reproducir con fidelidad y presteza cuantos asuntos del órden artístico ó literario se ofrecen á la interpretacion del lápiz ó de la pluma. Y, en efecto, la Empresa se ha dirigido á personas de indisputable competencia y gran valía, para asegurar su concurso desde la capital del imperio austriaco, con el fin de obtener hermosos dibujos y pintorescas descripciones del solemne certámen que se prepara.

La Empresa de LA ILUSTRACION, parca siempre al prometer mejoras, no vacila hoy, sin embargo, en manifestar que su periódico estará servido bajo este concepto como pueden estarlo las mejores publicaciones de Europa.

Anuncia, por último, como prueba de que los asuntos exteriores no la hacen olvidar los de casa, que posee bellísimos dibujos de nuestros eminentes artistas Fortuny, Rosales, Domingo Rico, etc., con los cuales se propone honrar desde el primer momento las columnas del tomo inmediato de LA ILUSTRACION.

ISLA DE CUBA.

Agente exclusivo, don Miguel de Villa, Habana, 126.

PRECIOS PARA 1873.

	Pesetas.
La Ilustracion Española y Americana y La Moda Elegante Ilustrada, por todo el año...	21
La Moda Elegante Ilustrada, un año.....	12
Idem, semestre.....	7
La Ilustracion Española y Americana, un año.	12
Idem, semestre.	7

A LOS SEÑORES SUSCRITORES

EN LAS ISLAS FILIPINAS Y REPÚBLICA DE CHILE.

Los Agentes exclusivos de esta publicacion en dichos puntos lo serán, desde 1.° de Enero de 1873, los señores Ramirez y Girandier, en las Islas Filipinas, con residencia en Manila, y el señor don Augusto Ferran, en Chile, con residencia en Santiago de Chile y sucursal en Valparaíso.

Los señores Agentes que ántes han estado hecho cargo de nuestra referida publicacion en los puntos indicados, cesan en su cometido el 31 del presente mes y año por conveniencia mútua de la Empresa y de los mismos señores, á los cuales aprovechamos esta ocasion para darles gracias por el interés que se han tomado en favor de nuestro periódico.

Los señores suscritores á LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA que en 1873 quieran recibir el periódico de señoras y señoritas y que hace treinta y dos años publica esta Empresa con el título de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, obtendrán un 25 por 100 de rebaja en el precio de la misma, debiendo dirigir el pedido ántes del 15 de Enero á la Administracion, Carretas, 12, Madrid.

El presente número es el último correspondiente al tomo de 1872, y le acompañan la portada é índices del mismo.

Los señores suscritores que quieran encuadernarlo á la rústica pueden pedir á la Administracion, Carretas, 12, principal, Madrid, la cubierta de color que al efecto hemos hecho, y la cual remitiremos gratis á correo vuelto, renueven ó no su abono por 1873.

Los que hayan de continuar honrando la publicacion con su nombre, tendrán la bondad de pasar inmediato aviso á la citada Administracion, á fin de que no sufran retraso en la recepcion del regalo y del número primero de 1873.

MADRID.—IMPRENTA DE MANUEL MINUESA.

FIN DEL TOMO XVI.